



AÑO VI.

Madrid, 16 de Diciembre de 1880.

NÚM. 2.

DIRECTOR:

EL CONDE DE LAS CINCO TORRES.

PRECIOS EN ESPAÑA Y PORTUGAL.

Año.....	20 pesetas.
Seis meses.....	11 »
Tres.....	6 »

EN EL EXTRANJERO.

Año.....	25 francos.
Seis meses.....	14 »
Tres.....	8 »

EN AMÉRICA, PAGO EN ORD.

Año.....	8 pesos fuertes.
Seis meses.....	4,50 »
Tres.....	2,50 »

REDACCION Y ADMINISTRACION:

Calle del Sordo, núm. 29, tercero,  
á donde se dirigirán los pedidos de suscripciones.

SUMARIO.

Boletín oficial de la Sociedad de Fomento de la cría caballar de España.— Invernáculos, estufas y acuarios de los jardines, por D. Balbino Cortés y Morales.— Correspondencia, por el Marqués de la Conquista.— De la zculada, ó como vulgarmente se dice, culatazo, por R.— Las maravillas de la vegetación; las palmeras; el cocotero, por F.— Mujeres del gran mundo, novela.— Los anades salvajes.— Sociedad de caza de Madrid, por P.— Pipaon (biografía), por D.<sup>a</sup> Rosario de Acuña de Laiglesia.— Conferencia agrícola del Sr. Lopez Martinez.— Crónica de París.— Noticias genérales.— Noticias de la sociedad, por L. Tiro de pichon de Madrid, por Avellino.— Mercado de Madrid.— Cuadrado de palabras.— Anuncios.

BOLETIN OFICIAL

DE LA

DE LA SOCIEDAD DE FOMENTO DE LA CRÍA CABALLAR DE ESPAÑA.

GRAN PREMIO DE MADRID.

Se recuerda á los señores dueños de caballos, que el 31 del presente mes cumple el plazo para la inscripcion de los potros que nacidos en el presente año, podrán optar al Gran Premio de Madrid correspondiente á 1883.

Respecto del que se ha de correr el año próximo de 1881 por los potros inscritos en 1878, reproducimos á continuacion los siguientes párrafos de la circular de Julio de 1878.

«Matricula 2.000 reales vellon, pagados en Enero del año de la carrera. Los que se retiren quince dias ántes de la fecha de la carrera tendrán derecho á la devolucion de la mitad de la matricula (Forfait).»

«Las inscripciones hechas como queda dicho, son requisito indispensable para optar al premio pero no dan derecho al mismo, si en el mes de Enero del año en que han de correr los caballos inscritos no ha sido satisfecha la matricula de 2.000 reales vellon.»

INVERNÁCULOS, ESTUFAS Y ACUARIOS

DE LOS JARDINES.

Las grandes conquistas de los portugueses en las Indias orientales, y el descubrimiento del Nuevo Mundo, revelaron á los botánicos europeos toda una nueva vegetacion. Aquellas plantas raras y preciosas, que les eran enviadas de las regiones tropicales, no podian ser cultivadas al aire libre. Tal parece ser el origen de las modernas estufas. Sin embargo, con el nombre de *adaneas* se conocian en la antigua Roma estos locales abrigados para el cultivo de plantas exóticas incapaces de resistir los hielos del invierno, y á los que cuidaban de ellas se les llamaba *adomitas*.

Segun una tradicion, que puede ser muy bien disputada, la primera estufa fué construida en el Jardin botánico de la sábia Universidad de Padua; pero sea de todo esto lo que fuere, desde el siglo XVI se poseia en Bélgica y en Holanda un número considerable de estufas que abrigaban las más hermosas plantas de ambos hemisferios, así como las más hermosas flores indígenas fuera de estacion, que forman siempre parte del tocador del bello sexo, y son otros tantos adornos indispensables de nuestras fiestas religiosas y mundanas. En el dia, estos dos países, así como tambien Inglaterra y Francia, son los que tienen mayor número de estufas, más extensas y mejor conservadas. Sólo la ciudad de Gante con su jurisdiccion es la que cuenta más estufas, entre las que figuran en primera linea las del magnífico establecimiento hortícola de Van-Houtte, cuya escuela de Horticultura, mantenida á expensas del Gobierno belga, es la más sorprendente de Europa.

En España estas construcciones, así como todas nuestras obras de imitacion de las demas naciones, por desgracia no hemos hecho hasta ahora sino admitir tan excelente principio y practicarle, sin ocuparnos en adquirir de antemano el conocimiento y práctica necesaria para ponerlo en ejecucion segun las exigencias de su objeto y aplicacion. El resultado positivo es que, á pesar de que poseemos

muchas estufas é invernaderos, sobre todo en Madrid, rara es la que ofrezca, con respecto á las plantas, aquellas condiciones necesarias para su buena vegetacion; así es que si un hábil y entendido horticultor las examina, rara será la que encuentre que reuna las condiciones indispensables y convenientes de altura, anchura, direccion é inclinacion de la parte vidriada, construccion de las vidrieras del techo y de los costados, disposicion del calorífero y distribucion de los tubos ó cañerías de calor y de aire.

Todo esto bajo los principios fundamentales siguientes: 1.º, que el interior de la construccion disfrute de cuantos rayos de sol y de luz sea posible; 2.º, que durante el invierno, una ó dos horas ántes ó despues del mediodia, los rayos del sol sean directos ó perpendiculares, único medio de calentar convenientemente la estufa y de disipar la excesiva humedad; 3.º, que esté bien resguardada del frio, y que tenga un aparato económico para calentarla tanto y como se necesite. Con muy raras excepciones, faltan en las citadas construcciones los principios fundamentales que hemos citado, así como faltan tambien los muchos y complicados conocimientos y práctica del cultivo de las plantas exóticas para cuya conservacion han sido edificadas. Lo cierto es que en esta clase de construcciones lo que se observa con más rigorosidad son las reglas sistemáticas y uniformes de la Arquitectura.

El trazado de todo invernáculo ó estufa exige el indispensable cálculo de la elevacion del solsticio de Capricornio, cuya circunstancia ofrece en la altura de las paredes, situacion, direccion é inclinacion de las vidrieras el resultado conveniente y necesario.

La inclinacion ó vertiente del techo de las estufas é invernaderos es uno de los puntos más importantes respecto á la construccion de ellas. Segun sea el grado de inclinacion que tenga, así será la concentracion de los rayos solares y la más ó ménos aproximacion de las plantas á la luz, tan necesaria é indispensable en la vegetacion. Con la cuarta parte de un círculo graduado se da fácilmente al techo la inclinacion ó vertiente que con-



venga, así como también es fácil establecer esta inclinación con tanta exactitud como necesario sea. La tabla que sigue determina el modo de dar á los techos la vertiente necesaria:

Grados de inclinación.	Por metro.
5	corresponde á una vertiente de 0 <sup>m</sup> ,085
10	..... 0 <sup>m</sup> ,175
15	..... 0 <sup>m</sup> ,270
20	..... 0 <sup>m</sup> ,365
25	..... 0 <sup>m</sup> ,470
30	..... 0 <sup>m</sup> ,580
35	..... 0 <sup>m</sup> ,700
40	..... 0 <sup>m</sup> ,840
45	..... 1 <sup>m</sup> ,000
50	..... 1 <sup>m</sup> ,205
55	..... 1 <sup>m</sup> ,425
60	..... 1 <sup>m</sup> ,750
65	..... 2 <sup>m</sup> ,100

Esta operación tiene generalmente aplicación para las estufas de madera, pues para las de hierro, en las fábricas donde se construyen es donde las dan las inclinaciones determinadas en razón directa á las plantas que en ellas se han de cultivar.

Las estufas, bajo el punto de vista práctico, se clasifican en cuatro principales divisiones: *naranjerías*, *estufas frías*, *estufas templadas* y *estufas calientes*. Esta última división admite otras cuatro subdivisiones: *estufa caliente seca*, *estufa caliente húmeda*, *estufa á forzar* y *aquarium*.

Las naranjerías han precedido á los demás géneros de estufa.

Mucho tiempo antes de que las estufas propiamente dichas estuviesen en uso universal en todos los países de la Europa central, los reyes, los príncipes y las gentes opulentas buscaban con pasión los naranjos, para cuyo invernaje tenían cerca de sus castillos suntuosas construcciones. Uno de los más hermosos naranjos de Versalles hizo parte en 1527 de la confiscación de los bienes del Condestable de Borbon; y en aquella época figuraba hacia ya más de un siglo en la naranjería de los mismos Duques.

Todas las estufas se distinguen de los invernáculos ó naranjerías en que su techo y una fachada, á lo ménos, están siempre compuestas de vidrieras, de cuya disposición resulta mucha más luz, y así no son sólo propias á la conservación de las plantas, sino que también protegen y favorecen su vegetación.

La *estufa templada* debe estar bien situada, resguardada del Norte y del frío, de modo que su temperatura interior nunca baje de 6° á 8° centígrados sobre cero, y que por el sol se caliente fácilmente hasta 12° ó 16°. Su piso debe estar seco, y la colocación de las plantas dispuestas de manera que cada una de por sí goce de igual cantidad de luz y de los rayos del sol.

Esta estufa es la mejor para todas las plantas, que sin ser equinocciales, exigen, sin embargo, cierta cantidad de calor, y cuya vegetación empieza con el año, ó que, sin paralizarse en el invierno, desarrollan su floración á fines de Enero y durante los meses de Febrero y Marzo.

La *estufa caliente* está destinada á cierta familia de plantas de adorno, especialmente á las *cicadáceas*, á las *bromeliáceas* y á las *generiáceas*. Muchas veces hace parte de una sola y misma construcción con la estufa templada un tabique de vidrios ó cristales, que separa las dos estufas, en las que se distribuye el calor arreglándose en diferentes grados, según las necesidades de los vegetales que allí se cultivan. En la estufa caliente la temperatura debe estar constantemente entre 25 y 30°. Se la llama *estufa caliente seca*, cuando su atmósfera interior no debe estar artificialmente sobrecargada de humedad. Las plantas de las familias arriba indicadas son plantas de estufa

caliente seca, así como necesitan también ménos humedad las *palmeras* y *dracenas*, que sólo exigen de 12 á 15 grados de calor.

La *estufa caliente húmeda*, cuya construcción y arreglo interior no difiere de la estufa caliente seca, está principalmente destinada á las plantas de la familia de las *orchideas*, de las que las más hermosas en los géneros de *oncidium*, *dentrobium*, *stankopæe*, *lælia*, *acinetum*, *epidendrum*, *aerides* y *cattleya*, son las que los botánicos llaman plantas *ephytas*; es decir, viviendo en el estado salvaje, parásitas sobre la corteza de los árboles grandes, como la excrecencia que nace en algunas de nuestras encinas y manzanos. Las *orchideas epifetas* no sacan su alimento del suelo por sus raíces: éstas únicamente les sirven para unir las y fijarlas sobre las plantas, en donde se hallan detenidas las simientes, sobre las grietas ó hendiduras de la corteza. Para cultivarlas con éxito en la estufa caliente se necesita sujetarlas con alambre de plomo, que es preferible al ordinario, sobre pedazos de madera, en donde no tardan en pegarse por sus raíces rodeadas de musgo. Frecuentes aspersiones de agua colocada con antelación en el estanque de la estufa, á la temperatura señalada, hacen reinar en la misma estufa una atmósfera muy húmeda y muy caliente, aunque sea muy poco sana para las gentes, pero necesaria para las *orchideas* más extraordinarias, más hermosas, y al mismo tiempo las más difíciles de cultivar de todas las plantas de las regiones tropicales.

Las *orchideas*, bajo el punto de vista de su vegetación, se pueden dividir en tres grupos: 1.º, las especies terrestres, que viven sobre la superficie áspera de las rocas, ó la descomposición de las hojas y de estas mismas rocas que forman una especie de suelo poroso, ó como nuestras orquídeas indígenas sobre la tierra; tales son: *Cypripedium*, *calantheas*, *peristerias*, *phajus*, *spirantheas*, etc.; 2.º, las que viven como falsas parásitas en la base de los troncos de los árboles viejos y musgosos, como son: *Vanda*, *aerides*, *saccolabium*, etc.; 3.º, aquellas, en fin, que de nada apenas viven, permaneciendo siempre asidas á las ramas más altas, y que se cultivan en esta clase de estufa sujetas á pedazos de madera, como son la *cattleya*, *phalenopsis*, *onculium*, etc.

La buena ó mala ventilación de esta clase de estufas, únicas para el cultivo de las *orchideas*, es una cuestión de vida ó muerte para tan preciosas plantas, ó si no, de trascendencia para que se crien con buena ó mala salud; así es que hay que evitar que el aire exterior entre directa y bruscamente, y que el calor interior se conserve á una temperatura constante, de 15 á 20 grados centígrados.

Este calor se obtiene en las estufas modernas por medio de termosifones con tubos para la circulación del vapor, colocados en la parte baja é interior de ellas. Los sistemas de estos generadores de vapor más en boga en Francia son los de Marthe, Gerraís, Cereband, Charropin y Chevalier.

La *estufa para forzar* la vegetación es caliente seca, y en ella se obtienen por medio del calor artificial flores y frutas de muchas clases fuera de la época natural al aire libre. Melocotoneros, albaricoqueros y otros frutales cubren la pared del fondo de esta clase de estufa, construida generalmente de una sola vertiente bastante inclinada. Ciroleros, cerezos y guindos enanos cultivados en tiestos ó macetas; grosellas blancas y encarnadas, algunos sarmientos de vides y centenares de tiestos con fresas y espárragos, ocupan la mayor parte de las graderías, así como también las lilas de Persia, jacinatos, nardos y otras plantas bulbosas para que den flor antes de tiempo.

No son en las mismas estufas donde se fuerza el cultivo de flores y frutas, sino en separadas, y en estos establecimientos ó fábricas de horticul-  
tura

se satisfacen las exigencias de la moda y las del más exquisito buen gusto.

Para tener frutas fuera de estación, el calor que á las plantas que las han de producir se les da es al principio poco; pero la temperatura debe ir aumentando gradualmente sin pasar más de + 15°, y se les da ventilación por medio de las vidrieras colocadas de distancia en distancia.

En las estufas para forzar vides y perales que el baron de Rothschild tiene en Ferrières (Francia), hay también estantería que sirve para tiestos con fresas y otras plantas para productos comestibles.

*Estufa para multiplicar plantas.* Esta es el verdadero laboratorio de los buenos horticultores. En ella no deben los rayos del sol dar directamente sobre las plantas que se multiplican por semilla ó esquejes en tiestos muy pequeños. Debe estar construida con exposición al Norte, á fin de que la luz del mediodía no marchite y destruya las tiernas plantas que en ella se crían, evitando el que sea necesario siempre procurarles sombra por medio de toldos, etc.

Dentro de esta estufa hay cajoneras chatas con tierra, arena ó cortiente; pasando por debajo de ellas los tubos del termosifon, ó circulando dentro del mismo cortiente donde se entierran los citados tiestos pequeños, cubiertos siempre con campanas de vidrio, que son para el horticultor la esperanza de su fortuna. Las mejores y más notables estufas de esta clase en Francia son las de Luxembourg, perfeccionada por el célebre jardinero Mr. Rivière y construida por Mr. O'Reilly (de la fábrica de Lefebvre); la del *Fleuriste de la ville de Paris*, y la holandesa de Mr. Clonet (sistema del mismo Lefebvre).

¿Cuántos magníficos árboles de los que más se admiran en jardines, bosques y paseos, y cuántas preciosas flores y exquisitas frutas, antes desconocidas, se deben á la simple y modesta estufa de multiplicar plantas!

El *acuario* es una modificación de la estufa caliente, introducido únicamente hace algunos años en Inglaterra, Francia y Colonia, para el cultivo de plantas acuáticas de los países más cálidos del globo. Su forma es la de un estanque cuadrado ó circular puesto bajo un techo de cristal, es decir, cubierto de una construcción de vidrios en todas sus faces, y calentado á la temperatura de la *estufa caliente*. Los primeros acuarios que se construyeron en Inglaterra y en Bélgica fueron exclusivamente para cultivar en ellos una sola planta, la monstruosa *Victoria regina*, especie de ninfea, cuyas hojas tienen más de un metro de diámetro, y sus flores, de 30 á 35 centímetros de circunferencia.

En uno de los próximos números de EL CAMPO dedicaremos exclusivamente un artículo á tan portentosa planta, que hemos extractado de la magnífica *Flora des serres et des jardins de l'Europe*, publicación mensual del célebre MR. L. VAN HOUTTE.

Tales son los diversos géneros de estufas y sus principales destinos. En los países del Norte, principalmente en Rusia, se construyen estufas de proporciones colosales; empero, el cultivo de las plantas tropicales, y la aplicación del calor artificial, allí son defectuosos y muy distantes de la perfección á que han llegado estas ramas de la industria horticultora en Inglaterra, en Francia, en Bélgica, en Holanda, y aun comienza á hacerse ya en España.

El sistema de calefacción que en todas partes se emplea es el de Perkins, llamado de *alta presión*, ó bien el de *baja ó mediana*, puesto en práctica por Mr. Leon Duvoir. Cuando los locales que se deben calentar son muy grandes, colocan unas especies de estufas pequeñas formadas de una serie de tubos verticales ó en forma serpentina, puestos en comunicación con los tubos horizontales de circu-



lacion, á fin de extender y prolongar más la accion calorífera sin que se pierda.

La temperatura que deben tener las estufas varia, según se ha visto, debiendo ser convenientemente, apropiada á las plantas que en ellas se cultivan; así es que para los arbustos, como, por ejemplo, naranjos, laureles, granados, etc., el calor de 5°, 6°, á 8° centígrados es suficiente en la estacion más fria del año; pero para flores ó plantas jóvenes y frutos tempranos, ó bien para el cultivo forzado, conviene que la temperatura sea de 12 á 15°, y á veces tal vez más.

Las estufas más notables, no sólo por la construccion, sino por sus grandes dimensiones, son las siguientes:

La del Jardín de Plantas de París, construida bajo la direccion de M. Roault hijo, arquitecto de aquel Museo; la del Jardín de Aclimacion del Bosque de Boloña, cerca de París; las de los museos de Ruan y Burdeos; otra que tambien posee M. de Rothschild en Pregny (Suiza); la del doctor Llewellyn en Penllergare (país de Gales), y la de los señores Thibaut y Keteleer ambas para el cultivo especial de orquídeas; la de Van-Houtte, exclusivamente para palmeras, y por último, la más extensa y colosal que existe en Europa es la estufa del Duque de Devonshire, en Chastworth, en Inglaterra. Toda ella cubre un espacio de dos hectáreas, teniendo la forma de un largo cuadrado. Cuando la reina Victoria dispensa al poderoso duque el honor de visitar su estufa, poblada de una magnífica y maravillosa coleccion de vegetales de todos los puntos del globo, la soberana de la Gran Bretaña y de Irlanda se pasea por las calles de este encantado jardín con toda su comitiva en carruaje descubierto tirado por seis caballos. Se sabe que es Mr. Paxton, jardinero del Duque de Devonshire, y arquitecto de la estufa de Chastworth, el que dió el plan del magnífico palacio de cristal de Londres, que ha servido primero para la exposicion de la industria, y despues se ha conservado para encerrar preciosas curiosidades. Este palacio, en todo su conjunto, no es más que la misma estufa amplificada, y estos jardines cubiertos, de invierno, están ya en gran boga, no sólo en Inglaterra, sino tambien en Francia. ¿Cuándo tendremos uno en Madrid?

BALBINO CORTÉS Y MORALES.

## CORRESPONDENCIA.

SR. D. JOSÉ LUIS ALBAREDA.

Mi querido amigo: Aquí, en esta India de la nacion, en sus solitarios campos, en donde todo el mundo se consagra á las labores agrícolas, al cuidado de sus ganaderías y al cultivo de sus contadas viñas y de sus escasos olivares; aquí, en donde, para *desengrasar*, se caza y tambien se tiente; en esta apartada region, se lee EL CAMPO y se comentan sus artículos, y no se desperdician por todos sus doctrinas y sus buenos consejos. Es el periódico favorito de los que comprenden que es necesaria la política, indispensable el fomento de la Agricultura, fuente inagotable, aunque no muy atendida, de la riqueza, del porvenir de nuestra querida patria. Yo, que, como V. sabe muy bien, soy suscriptor fundador, si la frase se me permite, de tan ilustrada publicacion; yo, que comprendo toda su importancia, leo siempre EL CAMPO, hallando constantemente en sus columnas, no algo, sino mucho que aprender.

En el número correspondiente al 1.º de este mes he visto, entre otras curiosidades, una carta diri-

gida á V., desde Benavente, en 1.º de Noviembre, suscrita por Pepe y Lorenzo. En ella dan á V. circunstanciada cuenta de todo lo ocurrido en la expedicion á la Casa del Bosque, propiedad del señor Conde de la Patilla, cuyo principal objeto fué el tentadero de becerros correspondientes á la famosa ganadería de este señor, y el destete de la cría, añadiéndose, para fin de tan deliciosa fiesta, dos días de caza, que dieron por resultado cien piezas muertas, no obstante el mal estado de los pulsos de los garrochistas. Yo, que, como V., he sido ganadero de toros bravos, y soy cazador, aunque no como V., dejo á su consideracion lo mucho que habré gozado con la lectura de la carta de Lorenzo y Pepe. Transportábame á la Casa del Bosque en el coche de caza del Conde, arrastrado por las *jacas marismeñas*, y admiraba á los garrochistas, y me parecia estar disparando contra las perdices, liebres y conejos. A tal estado me conducia mi aficion á los toros y á la caza, y no siendo ménos la que profeso á los caballos, llamé extraordinariamente mi atencion lo que Pepe y Lorenzo refieren relativamente á las jaquitas marismeñas.

Preciso es conceder á los garrochistas alguna inteligencia en materia de caballos. ¿No es esto? Y siendo así, no es posible dudar de la resistencia de estas jaquitas, por más que sean españolas. Pero lo que me llama la atencion es que Lorenzo y Pepe, al referir á V. lo que hicieron, lo escriben así de tal manera, que apenas se comprende lo que quisieron decir. Cualquiera ha podido figurarse que á V. le sorprendia el que los caballos españoles hicieran tales cosas. Si Lorenzo y Pepe se hubiesen expresado con más claridad, no darian lugar á estas dudas.

Estos señores hablan de la tiente á acoso de sesenta y cinco becerros, diciendo que en esta faena sólo trabajaron dos colleras. Sus caballos serian cuatro; de modo que cada dos acosaron de treinta y dos á treinta y tres becerros á la vez. Sabido es que esta fatiga es penosa, y precisa la voluntad del animal, la seguridad, la resistencia y la inteligencia. ¿De qué raza serian estos caballos? Los garrochistas no lo dicen; mas teniendo en cuenta todas estas buenas cualidades, á las que preciso es añadir la ligereza, debemos creer, sin género de duda, que estos caballos son extranjeros, ingleses de seguro. Pero sean lo que fuesen, no es posible dudar de su bondad. Usted, mi querido amigo, caballista y excelente garrochista en sus buenos tiempos, podrá decir mejor que nadie sobre el particular.

Grande es mi curiosidad por llegar á saber la procedencia de estos caballos, y no debe ser menor la de V., como propietario de EL CAMPO, órgano oficial del fomento de la cría caballar en España.

Como hay tantos Pedros Fernandez por el mundo, yo no sé si conozco á esos señores Pepe y Lorenzo. No puedo dirigirme, en la duda, á dichos señores; así que le agradecería en el alma que, usando una vez más de su natural benevolencia, se sirva dispensarme el nuevo obsequio de hacer insertar en EL CAMPO estos desaliñados renglones, para que, llegando, como de fijo llegarán, á conocimiento de Lorenzo y Pepe, tengan la amabilidad de manifestarnos, yo así se lo ruego, la raza de que esos caballos proceden, valiéndose para ello del mismo periódico en que yo me permito, con su beneplácito, dirigirles la pregunta.

Si esto, como V. muy bien comprende, es de interes para un ganadero, aunque insignificante, lo es mucho más para EL CAMPO, en cuyo firme propósito existe la constante idea de llevar al ánimo de todo criador las mejoras que la cría caballar imperiosamente reclama, y éstas sólo pueden conseguirse acudiendo á las buenas razas, y tales son, no hay que dudarlo, las que producen los caballos que en el tentadero de los becerros del Con-

de de la Patilla montaban los garrochistas Arrabal é Hidalgo, Pepe y Lorenzo.

Siempre su afectísimo verdadero amigo, S. S.,

Q. B. S. M.,  
EL MARQUÉS DE LA CONQUISTA.

Trajillo, 9 de Diciembre de 1880.

## DE LA RECLADA.

Ó COMO VULGALMENTE SE DICE, CULATAZO.

(Continuacion.)

## VI.

Daiziel Dougall menciona una escopeta, construida el año 1858, para examinar cuál era el punto más conveniente para inflamar la pólvora del cartucho. Los resultados fueron decisivos, dice, y sobrepusieron á mis esperanzas, por más que fuera imposible determinar con precision las ventajas de incendiar la pólvora por la parte más inmediata al taco; pero es evidente, y lo confirman dichas experiencias, que la inflamacion del cartucho por su parte anterior es la que siempre debe preferirse y adoptarse. De lo contrario, el *máximo* de potencia de la pólvora será un punto imposible de señalar.

Y no se piense en resolver la dificultad empleando pólvora de granos gruesos, tal como la conocida con el nombre de *pebble*; es, como vulgarmente se dice, peor el remedio que la enfermedad.

Vaya un ejemplo en prueba de ello.

Cuando en 1873 se hicieron salvas en Portsmouth, con ocasion de la llegada del Shah de Persia, uno de los fogonazos dió de lleno sobre la cubierta de un *yacht* situado á cierta distancia, é hirió á muchas personas de las que allí estaban presenciando el espectáculo. Los granos de pólvora habian salido enteros, produciendo el mismo efecto de una descarga con metralla. Si la pólvora hubiera sido inflamada por delante, todos los granos se hubieran quemado y dividido en particulas casi impalpables, sin ocurrir tan triste lance.

Estamos convencidos de que, más tarde ó más temprano, los gobiernos se convencerán de esta verdad y pondrán en práctica las ideas del autor inglés. En la Gran Bretaña, vistas las experiencias hechas en 1879 con un cañon de 80 toneladas, se ha adoptado ya el sistema de inflamacion de la pólvora por el centro de la carga. Las excelencias de este sistema de ignicion son evidentes, como ya hemos dicho. En los cañones de artillería la pólvora forma una gran masa. Si se inflama por detras, saldrá la mayor parte sin quemarse los granos, de lo cual resulta un mayor aumento en la reculada.

No es esta sola la única causa que produce el culatazo. Influye tambien en él la mayor limpieza del cañon, su mejor pulimento, que el tiro esté bien apretado, etc. En estos casos variará la resistencia para despedir los plomos, y la reculada será ménos sensible.

Cuando es muy exagerada, el cazador se fatiga y pierde la seguridad en la puntería. Por esto aconsejan algunos que se observe cuál es la cantidad de pólvora precisa para que el tiro salga con bastante fuerza y se haga sentir ménos aquel inconveniente. En nuestro concepto, influye más en él la cantidad de plomo que se echa en la carga que la de pólvora. Esta puede aumentarse sin que casi se haga mayor el culatazo; pero si se ponen más perdigones, la resistencia de éstos es mayor y la presion sobre la recámara del arma, más notable.

Es de advertir que en la caza sentado á la es-



pera ó en tolo la reculada parece mayor, pues como el cazador está quieto, sufre todo el golpe. Pero cuando está de pié ó andando, el cuerpo contraresta el choque y lo neutraliza.

En suma, las causas que influyen en que aumente la reculada son: 1.º, la falta de inercia en la escopeta; 2.º, que la carga sea excesiva, sobre todo de plomos; 3.º, que los cañones estén mal contruidos ó sucios.

De aquí las ventajas de escoger un arma bien hecha; examinar minuciosamente la recámara del cañon y ver si está reforzada en sus cinco últimos centímetros; convencerse del pulimento interior del mismo, cargar el arma en proporcion á su calibre y peso, y tener el cañon siempre bien limpio. Además, la culata debe ser todo lo más sólida y fuerte que sea posible.

Si tomadas todas estas precauciones el arma recula aún demasiado, consistirá indudablemente en que los cañones son muy delgados, y el choque producido, más que de reculada sobre el hombro, es de vibración lateral, que es aún más perjudicial. En tal caso se debe procurar que el taco sea delgado y disminuir la carga de plomo, que no por disparar con muchos perdigones se mata más.

## VII.

### DE LAS ESCOPETAS LLAMADAS EN INGLÉS COVERT-GUN.

Esta variedad de las escopetas se destina á cazar en los bosques y demas sitios muy poblados de árboles, y se distingue por su poca longitud. Es generalmente de 65 centímetros, y su calibre, el ordinario para las armas de este tamaño, 9 ó 10.

Para un cazador que tenga el pulso seguro es de inmejorable éxito. A los que no gocen de tan envidiable cualidad no les aconsejamos su uso, pues hay que tirar muy deprisa con esta clase de escopetas. La columna de aire que el cañon encierra delante de la carga es relativamente pequeña; los plomos, por consiguiente, son despedidos más fácilmente y su velocidad aumenta.

Es de presumir, sin embargo, que el impulso que reciben en esta arma los perdigones no es de la misma índole que cuando se trata de un cañon de más longitud; la velocidad al ménos no se conserva tanto tiempo.

La rapidez de un proyectil obedece á causas que hasta hoy son un verdadero misterio. Pólvoras hay que al principio dan un impulso asombroso, pero que es de corta duracion. Mejor aún se observa este fenómeno tirando con perdigon menudo, el cual, á causa de la ligereza de su peso, está más expuesto á sufrir alteraciones en su marcha y ofrece ménos cuerpo para hender el aire. Por eso se ha observado que las balas marchan con más seguridad á medida que van avanzando, y alcanzan más que los perdigones, cuya rapidez de impulso es más corta. Una velocidad inicial superior puede disminuir más, al llegar á cierta distancia, que una velocidad inferior pero fija, que no produce vibraciones ni movimientos en el arma y que presta al tiro un impulso directo y útil.

## VIII.

### ESCOPETAS QUE SE CARGAN POR LA RECÁMARA.

Las armas que se cargan por la recámara son en principio lo mismo que las que se atacan por el cañon, pues consisten unas y otras en un tubo que disparan uno ó más proyectiles por medio de la fuerza expansiva de la pólvora. Difieren, sin embargo, entre sí en la manera de cargarse y en otros puntos que son resultado de esta diferencia.

La costumbre hace que los hombres no echen de ver en los objetos productos de su industria

las más evidentes imperfecciones, y cuando llega el día en que la luz se abre camino y les muestra un nuevo adelanto, se admiran de su ya entonces inexplicable torpeza. Esto ha sucedido en la manera de cargar las armas de fuego, como con tantas otras cosas.

La escopeta se compone de un tubo de metal, á través del cual se lanza un proyectil, en virtud de la fuerza explosiva de un gas. Esta fuerza explosiva depende en gran parte de la manera con que el proyectil se adhiere á las paredes del cañon, ó en otros términos, de la ausencia completa de aire. Ahora bien; parecia natural que nadie hubiese pensado en introducir el proyectil por la boca del cañon, pues que habiendo de meterle con el impulso del brazo, nunca podria llegarse á hacer el vacío completo. ¿Cómo no ha de perderse una gran parte de la fuerza del gas por los intersticios que quedan entre el proyectil y las paredes del cañon? Esperar lo contrario sería tanto como — exagerando un poco la comparacion — pretender echar agua sin que se derramara, dentro de un arnero.

La velocidad de la explosion de la pólvora es más poderosa que la que adquiere despues del disparo el proyectil. Este, ó los plomos (que para el caso es lo mismo), toman una parte de dicha velocidad producida por la explosion, que puede calcularse en 2.500 metros por segundo. Pero la experiencia ha demostrado que esa velocidad se modifica por la huelga (1) del cañon, de suerte que una bala de 32 libras, despedida por un cañon que tenga 0,13 de huelga lleva una velocidad inicial de 500 metros. Si la huelga se reduce á 0,253, la velocidad disminuye hasta 380 metros, con la misma carga de pólvora. La diferencia, como se ve, es importantísima, de 120 metros por segundo.

En resumen, que para obtener la mayor fuerza posible es necesario que el proyectil se ajuste al interior del cañon herméticamente y que no pueda escapar la más pequeña cantidad de gas por sus lados. Por esto se han inventado los tacos elásticos y Minié ha aconsejado y puesto en práctica el uso de balas cónicas.

La principal ventaja de las armas que se cargan por la recámara consiste en esto, en que facilitan la rapidez del disparo.

Su invencion se hizo en Francia, y en 1857 ya estaban bastante generalizadas. Creyeron los armeros un día haber conseguido un precioso hallazgo al descubrir los tacos más anchos que el cañon y á nadie se le ocurrió entonces que era más fácil construir un tubo estrecho que fijar un cartucho cónico é incómodo. El principio era en sí cierto, pero la aplicacion equivocada.

Hoy ya se construyen las escopetas de manera que la recámara es más ancha que el resto del cañon. De suerte que si el arma no tiene otro defecto de construccion, estas escopetas deben necesariamente alcanzar más que las antiguas.

Las palancas para inclinar el cañon y dejar al descubierto la recámara se colocan en distintos puntos; encima, debajo ó á un lado de la culata. Ninguno de estos sistemas tiene notable ventaja sobre los otros dos; así que el cazador debe elegir el que más le guste.

Las escopetas que se cargan por la recámara no se construyen, como las de antes, de todos calibres. Sólo tienen los correspondientes á los cartuchos; es decir, desde el núm. 4 al 24. Generalmente se usan del 12.

Hay diversas clases de cartuchos; pero los más generalizados son los de aguja y los de percusion central. Ambos se inflaman por el centro, pero su

(1) Así se llama en términos técnicos de artillería la diferencia que hay entre el diámetro de la bala y el hueco del cañon.

diferencia consiste en el modo de caer el gatillo sobre la cápsula. En los primeros, la aguja forma un ángulo recto con el eje del cartucho, y su extremo está próximo al fulminante del piston, colocado junto á la pólvora. El cañon para estos cartuchos ha de tener un agujerito para que pase la aguja, herméticamente cerrado cuando el cartucho está en su sitio. Al caer el gatillo hace bajar la aguja, y ésta inflama el fulminante, que á su vez comunica el fuego á la pólvora.

En el de percusion central el piston está colocado paralelamente al cartucho, y se inflama por el choque horizontal ó oblicuo de un martillito que funciona con el golpe del gatillo.

El cartucho de aguja es en cierto modo superior y más ventajoso que el de percusion central. En primer lugar tiene mayor sencillez, porque las escopetas que para ellos se construyen no necesitan mecanismo ninguno á fin de sacar los cartuchos quemados. Además, reculan ménos. Nada importa que se escape algo de gas por el conducto de la aguja, pues, como ántes hemos dicho, lo que perjudica á la fuerza del tiro es el gas que se marche por la huelga del cañon.

Las escopetas para los cartuchos de percusion eran ántes más complicadas en su construccion que las que servian para los de aguja. Hoy, sin embargo, se han perfeccionado mucho las primeras, y tienen la ventaja de que la recámara queda herméticamente cerrada y no hay ningun orificio en el cartucho ni en el cañon. En los de aguja, además, el cazador tiene que fijarse en la muesca del cañon, para aplicar á él la aguja, con riesgo de perder de vista la pieza, lo cual no acontece en los de percusion central, que se meten en el cañon aun con los ojos cerrados. Estos últimos son, por último, más limpios que los de aguja, porque producen ménos humo.

Respecto á los saca-cartuchos, mecanismos aplicados á la circunferencia inferior de la recámara para que el cartucho salga solo, conviene que deje fuera del cañon por lo ménos una tercera parte del cartucho para que el cazador le extraiga fácilmente.

Otra mejora se ha introducido en las escopetas de caza. Consiste en lo que se llaman *gatillos de rebote*; esto es, que los gatillos, despues de haber dado el martillazo para el disparo, vuelven á quedar en el seguro. El gatillo está, pues, siempre colocado en este punto, excepto cuando se monta para tirar. Es muy útil, porque facilita la operacion de cargar y ocasiona ménos accidentes desagradables. Aconsejamos, pues, sin vacilacion su uso.

R.

## LAS MARAVILLAS DE LA VEGETACION.

### LAS PALMERAS.

La dinastía de las palmeras, para servirnos de una expresion de Linneo, reina en las comarcas tropicales de la tierra y se coloca en el primer rango entre los vegetales. Esta supremacia la debe á su riqueza, su hermosura y elegancia, y más aún á la importancia de los servicios que prestan á los habitantes de los trópicos. Las palmeras se encargan de subvenir á las necesidades de la existencia; proporcionan el pan, el vino, el aceite, los vestidos, los objetos usuales, y hasta los materiales de construccion.

Por su forma, por su aspecto como por su estructura, estos vegetales difieren esencialmente de los de nuestras comarcas. Un solo tronco derecho y esbelto se eleva á la altura de 15, 20 y 25 metros del suelo, completamente desnudo; ninguna hoja, ninguna rama se presenta en toda su altura; sólo en la cima un inmenso penacho, formado de hojas largas, que todos conocen con el nombre de



palmas, corona esta columna vegetal: el largo de esta copa puede alcanzar de 3 á 4 metros, y en el nacimiento de estas hojas se presenta el fruto. Esta somera descripción se refiere principalmente á la palmera llamada la princesa de las palmeras y por extensión la del reino vegetal. Originaria de la Arabia y del África septentrional, la palmera es el árbol por excelencia de los oasis. Por su fresca sombra, por su fruto, por su leche, por su utilidad general, tiene asegurada la simpatía de los viajeros y la afección de los indígenas.

La palmera, dice Mr. Ch. Martins, es el árbol alimenticio del desierto; sólo allí maduran sus frutos; sin él, el Sahara sería inhabitable é inhabitado. La poesía árabe ha hecho de ella un sér mimado, creado por Dios el sexto día al mismo tiempo que el hombre. Para explicar en qué condiciones prospera, la imaginación de los habitantes del Sahara exagera la verdad, á fin de hacerla más palpable. «Este rey de los oasis, dicen, debe sumergir sus piés en el agua, y su cabeza en el fuego del cielo.» La ciencia consagra esta afirmación, pues se necesita una suma de calor de 5100°, acumulada durante ocho meses, para que maduren bien los frutos de la palmera. Si la suma de calor es menor, cuajan, pero apenas engordan, quedan ásperos al gusto y privados de la fécula y del azúcar, que constituyen sus propiedades nutritivas.

El clima del Sahara realiza estas condiciones. La temperatura media del año debe ser de 20 á 24° segun las localidades. Los calores empiezan en Abril y no cesan sino en Octubre. Durante el verano, el termómetro alcanza 45° y aún 52° á la sombra. El invierno es relativamente frío. Las palmeras soportan perfectamente un frío nocturno, seco y pasajero, de 6° bajo cero, y un calor de 50°. La arena del desierto, que refleja mucho, se enfria más que el aire, y conserva á algunos decímetros de profundidad cierta frescura, que se comunica á las raíces del árbol. Las lluvias son raras allí; caen en invierno y provocan el despertar de la vegetación, secada por los calores del verano: algunas veces son torrenciales, pero duran poco. En Tougorut y en Oscargla se pasan años enteros sin que caiga una gota de agua. Así se comprende el reconocimiento de los árabes por el árbol de azucarados frutos, que prospera en la arena, regado por aguas salobres, mortales para la mayor parte de los vegetales, quedando verde cuando todo se tuesta á su alrededor, bajo los rayos de un sol implacable, resistiendo á los vientos, que encorvan hasta el suelo su cima flexible, pero que no rompen su tallo, compuesto de fibras entrelazadas, ni arrancan sus millares de raíces, que descendiendo del tronco hacia la tierra, lo atan invariablemente al suelo. Así puede decirse sin metáfora: «Un solo árbol ha poblado el desierto; una civilización rudimentaria, comparada á la nuestra, muy adelantada con relación al estado de la naturaleza, reposa sobre él; sus frutos solicitados en el mundo entero bastan al cambio, y crean, no solo la comodidad, sino la riqueza.»

Para obtener la leche de la palmera los árabes de Tougorut emplean el siguiente procedimiento: Le quitan circularmente la corona de las hojas y no respetan sino las inferiores. La sección tiene la forma de un cono, donde meten una caña hueca, por la que corre el líquido á un vaso, del que pasa á otro suspendido en las hojas del árbol. Este no muere siempre; despues de la mutilación, el botón terminal se reproduce y la palmera se restablece poco á poco. La operación puede renovarse hasta tres veces. La cabeza de las palmeras se eleva á unos quince metros; el aire circula bajo el vasto quitasol formado por sus cimas juntas; pero el sol no penetra; sombra, aire y agua, tales son los tres elementos que permiten

los cultivos más variados en los jardines de palmeras, á pesar de los abrasadores calores del verano. Los oasis de palmeras son verdaderos paraísos en la abrasadora inmensidad de los desiertos. No podemos dejar de citar aquí el encuentro fortuito de un grupo de estos salvadores vegetales, hecho por Mr. Martins en su travesía del Sahara oriental: «El desierto sin límites, dice, se extendía ante nosotros. El sol, suspendido por cima de un horizonte circular como el del mar, parecía sólo vivir en medio de aquella naturaleza inanimada. De pronto apercibo las cimas de unas palmeras, cuyos troncos no veía, y creí sería una ilusión, un efecto de miraje: seguimos avanzando, y las copas de los árboles se dibujan bien, pero los troncos no parecen.

«La caravana se para cerca de un pozo, y yo me dirijo hacia las palmeras, que estaban plantadas en el fondo de un hoyo cónico de unos ocho metros de profundidad. Se había sacado la arena por todos lados; las débiles empalizadas de hojas de palmeras, plantadas sobre la cresta, la contenían por ambos lados; por otros, cristales de sulfato de cal, de todas las formas y tamaños, alineados como una galería de Mineralogía, contribuían también á fijar la movable arena. En el fondo de estos hoyos estaban plantadas sin orden las palmeras: pero no era la palmera delgada y elevada de los oasis, la palmera ideal de los pintores: eran árboles de tronco cilíndrico, corto y grueso teniendo á algunos metros del suelo palmas de tres metros de largo y una columna de racimos de dátiles, de un metro de espesor. Me parecía ver las columnas bajas y macizas de un templo egipcio, ó de una mezquita de estilo morisco. Las raíces que salían de la base del tronco y se metían en el suelo, formaban á estas columnas un pedestal cónico, y las grandes palmeras que se cruzaban en ojiva, recordaban las columnas, tan comunes en los monumentos citados. Al penetrar por la tarde bajo aquellas sombrías bóvedas, un sentimiento de respeto se apoderó de mí, y aquellas palmeras majestuosas é inmóviles en el fondo de su cráter de arena eran seguramente el emblema de la civilización africana, inmóvil en medio del mundo agitado que la rodea.»

La familia de las palmeras es muy numerosa, y las diferentes especies que la constituyen ofrecen un interés maravilloso, ya bajo el punto de vista de su hermosura, ya por los admirables servicios que los habitantes de las regiones ecuatoriales saben sacar de él, y sólo harémos, pues, mención de las más dignas de interés y curiosidad.

#### EL COCOTERO.

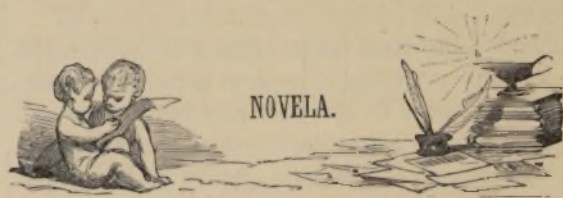
Como la palmera, este vegetal eleva á la altura de treinta metros su tronco derecho y aislado, coronado de un capitel de hojas en forma de plumas, de seis metros de largo. Se hallan bajo la zona tórrida, y principalmente en la vecindad de los mares. De sus frutos, de su grano, de sus hojas, del vegetal entero, el hombre ha sabido sacar todos los elementos de una existencia campestre. La siguiente relación de Mr. Bonifacio Guizot dará una excelente idea de la importancia y naturaleza de estos servicios:

«Un viajero recorría esos países retirados bajo un cielo abrasador, donde el fresco y la sombra son tan raros y donde no se encuentra sino á considerables distancias alguna habitación donde poder descansar de la fatiga del camino. Rendido y sin respiración, el pobre viajero distingue una cabaña, rodeada de algunos árboles de tronco derecho, elevado y coronado con un bouquet de hojas muy grandes, unas levantadas y otras caídas, que le dan un aspecto elegante y agradable. Nada anunciaba alrededor de esta cabaña un terreno

cultivado; á esta vista, que reanima sus esperanzas, el viajero hace un esfuerzo, y pronto llega y es recibido bajo aquel hospitalario techo. Su huésped le ofrece una bebida algo agria, que le calma la sed y lo refresca, y cuando el extranjero ha descansado, el indio le invita á comer con él, y le sirve diversas viandas contenidas en vajilla oscura, luciente y limpia y un vino de sabor muy agradable. Hacia el fin de la comida, le ofrece ricos dulces y un excelente aguardiente. El viajero, admirado, pregunta al indio quién le proporciona en aquel desierto todas aquellas cosas. «Mis cocoteros», le responde. «El agua que le he ofrecido cuando llegó está sacada del fruto ántes que madure, y hay algunos cocos que contienen tres ó cuatro libras. Esta almendra de tan buen gusto es el fruto maduro; esta leche que encuentra tan agradable se saca de esta almendra; esta col tan delicada es la copa ó punta de un cocotero; pero no se regala uno á menudo con ella, porque el cocotero al que han cortado así la col muere al poco tiempo. Este vino lo produce también el cocotero: para ello se hacen incisiones en los tallos jóvenes de las flores, y corre por ellas un licor blanco, que se recoge en tazones y que se conoce con el nombre de vino de palmera. Expuesto al sol, se agria, y da vinagre, y por la destilación se obtiene el aguardiente que ha probado. Este mismo jugo me ha proporcionado el azúcar para esos dulces que he hecho con la almendra, y en fin, todos mis utensilios y vajilla están hechos con las cáscaras de las nueces del coco. Y no es esto todo; mi habitación la debo toda entera al precioso árbol; su madera ha servido para construir mi cabaña; el techo lo forman las hojas secas y trenzadas; los vestidos que me cubren están tejidos con los filamentos de estas hojas. Este tamiz lo encuentro hecho en la parte del cocotero de donde sale la hoja; con estas mismas hojas trenzadas se hacen velas para los barcos; la especie de borra que rodea la nuez es preferible á la estopa para calafatear los buques. También se hacen cordelillos, cables y toda clase de cuerdas. En fin, debo decirle que el delicado aceite que sazona mis guisados y que arde en mi lámpara se obtiene estrujando la almendra fresca.»

«El extranjero escuchaba con asombro y admiración á aquel pobre indio, que no teniendo más que cocoteros, sacaba de ellos todo lo que le era absolutamente necesario. Cuando el viajero se disponía á marchar, el indio le dijo: «Voy á escribir á un amigo que tengo en la ciudad y le ruego se encargue del mensaje.—Y será también el cocotero el que os proporcione lo que necesita para ello?—Justamente, contestó el indio: con el serin de las ramas he hecho esta tieta, y con las hojas este pergamino: antiguamente se usaban siempre para los actos públicos y hechos memorables.»

F.



#### MUJERES DEL GRAN MUNDO.

(Continuación.)

Durante el trayecto hasta la casa de postas, aunque no era largo, el Barón y su esposa conversaron con toda familiaridad, consiguiendo Diana con su graciosa locuacidad, alejar más y más las sospechas que desde la noche anterior bullían en el ya no tan conturbado espíritu de su marido.

Llegó la hora de marchar. La despedida rayó en lo patético.



A punto estuvo Carlos, que sentía sus dudas casi disipadas, de confesárselo todo á Diana. Mas por un riguroso esfuerzo de voluntad, hijo, más que del deseo de asegurarse de la culpabilidad de su mujer, del temor de molestar y ofender á su muy querida esposa, resistió á la tentación.

—No te olvides de mí; yo también me acordaré de tí, fueron las últimas palabras de la Baronesa al partir la silla de postas.

Diana subió á su berlina y dió orden al cocher de conducirla al palacio.

Si hubiéramos seguido el carruaje en que iba Carlos, habríamos visto que, con no poca sorpresa del mayoral que le conducía, el Barón mandó parar ántes de salir por las puertas de la capital, y dando una buena propina al conductor, recogió su maleta y se alejó á pié y á buen paso hácia el centro de Madrid.

Entró en una fonda, cuya situación no lejos del palacio de los Barones debió convenir á Carlos para sus planes, pues entró en ella y pidió habitación. Instalóse en una que le ofrecieron en el piso principal. Su equipaje consistía en una pequeña maleta con ropa, un *necessaire*, libros y un par de pistolas.

Mandó encender la chimenea, se sentó en una butaca junto á ella, y á la luz de una lámpara, que también pidió, comenzó á leer tranquilamente, como un hombre que no tiene otro cuidado ni ocupación que matar el tiempo y esperar la hora de recogerse.

La habitación estaba amueblada con bastante modestia, con sillería y cortinajes de damasco verde, lo cual prestaba cierto carácter sombrío á la estancia.

Eran las nueve de la noche. Carlos seguía leyendo, no sin distraerse de vez en cuando y apartar la vista del libro que delante tenía. Casi se arrepentía ya de haber emprendido aquella aventura, en la cual pensaba representar el ridículo papel de un marido celoso que se ve forzado, ante la elocuente realidad, á confesar la injusticia de sus temerarias suposiciones.

Sumido en tales pensamientos comenzaba diversas veces á leer un mismo párrafo, y otras tantas llegaba al final de él sin comprender el sentido de las palabras que maquinalmente habían recorrido sus ojos. Acabó por quedarse dormido.

Cuando despertó, arrojó en torno una mirada de asombro é interrogación; se acordó de todo, y sacando el reloj, vió que eran cerca de las doce.

Levantóse, despezó sus contraidos miembros; abrió la maleta, y sacando el *necessaire* de viaje, escribió una lacónica carta y la metió dentro de un sobre, en el cual estampó la siguiente dirección:

«Al Sr. Comisario de policía.—Urgentísimo.»

Terminados estos preparativos, guardóse la carta, tomó su capa y sombrero, acomodóse lo mejor que pudo en la cintura las dos pistolas, y salió de la fonda.

Tomó la dirección de su casa, y al llegar á ella se detuvo á examinar el aspecto exterior del palacio. Por ninguna de sus puertas y ventanas se veía un solo rayo de luz, y la lámpara que todas las noches lucía en el vestíbulo, estaba entonces apagada, lo cual significaba que Diana se había retirado á sus habitaciones, dando permiso á toda la servidumbre para que se fuera á las suyas á descansar.

Estos detalles parecía debían tranquilizar á Carlos. Lejos de eso, con el solitario aspecto de la calle, el penetrante frío de la noche, y hasta el silencio sepulcral que reinaba en el palacio, se despertaron las sombrías ideas y pesimistas impresiones del Barón.

Desgraciadamente no estaba allí la sonrisa de Diana para alejar la amenazadora tempestad que se preparaba en su pecho, ni las candorosas mira-

das de la joven esposa podían entonces ejercer sobre Carlos su saludable y calmante influencia.

Recordó entonces, con mayor fuerza que nunca, la escuchada conversacion de la *soirée*, creyó oír el ruido de un beso, como el que el enamorado pastor había dado á la bella pastora; ver la apasionada sonrisa de ésta al despertar; notar, la natural y no fingida, familiaridad que ambos mostraban al desempeñar sus respectivos papeles, y sintiendo que la desesperación y la cólera excitaban de nuevo la idea de que Diana había sido seducida por un miserable, acarició con febril movimiento la culata de las pistolas que ocultaba bajo su ropaje.

Dió vuelta á la manzana de casas en que estaba la suya, y entrando en la calle de atrás, á la cual daba la verja del jardín, pudo observar, por entre los claros del césped que la tapizaba, que en el gabinete y tocador de Diana había luz. Fuera de tal detalle, el palacio presentaba por esta parte el mismo aspecto mudo y sombrío que por su fachada principal, y ni una sombra se percibía á través de las ventanas en las habitaciones de la Baronesa. El resto de la casa estaba en completa oscuridad.

Carlos abrió, sin hacer ruido, la puerta de la verja con una llave que prevenida llevaba, y entró en el jardín, sirviendo la fina arena que cubría sus calles de mullida alfombra que apagaba el ruido de sus pasos.

Buscó en el jardín una alta escalera de mano destinada á podar los árboles, y cuando dió con ella, la condujo con singular agilidad junto á la fachada de la casa, y siempre con el mayor silencio, apoyóla en ella por debajo de la ventana del gabinete de Diana, una de las dos en que se veía luz.

Subió por la escalera, y ya junto á la ventana, advirtió que lucían dos lámparas sobre la chimenea. Apoyó despues su oído en los cristales, y no percibió ningún ruido ni murmullo de voz alguna.

Ya se disponía á bajar de nuevo al jardín, cuando, por entre uno de los pliegues que formaban los visillos, parecióle distinguir sobre una silla, junto á la chimenea, un sombrero de caballero.

Trató de abrir la ventana, pero el esfuerzo que para conseguirlo hizo fué estéril. No se arredró, empero, ante aquella contrariedad el arriesgado marido, trocado entonces en furtivo salteador, y quitándose un anillo que siempre llevaba consigo, y en el cual brillaba riquísimo diamante, trazó en el vidrio, á la altura de la falleba, un círculo suficientemente capaz para que pasara por él holgadamente el brazo. Despues, envolviéndose la mano en el pañuelo, hizo saltar de una puñada el pedazo de vidrio marcado, que cayó sobre la alfombra de la estancia sin producir el menor rumor.

Hecho esto, fuéle fácil dar vuelta á la falleba y abrir de par en par la ventana.

Entonces vió que no se había engañado; un sombrero de copa alta estaba en una silla como acusador cuerpo del delito.

Además, sobre un sofá, había también un gabán de hombre y un baston, cuyo dorado puño ostentaba una complicada cifra.

Perdido ya el sentido ante tan evidentes y significativas pruebas, Carlos corrió al tocador de su esposa con las dos pistolas en las manos. Como encontrase la puerta cerrada, la asestó un vigoroso puntapié que la hizo saltar de su quicio y el Barón penetró de un salto en la estancia, ya para él teatro de su deshonra.

Al mismo tiempo se oyó un grito angustioso, terrible. Carlos conoció en él la voz de su esposa.

En seguida sonó la detonación de un arma de fuego.

Hubo un momento en que nada pudo distinguirse, pues la detonación del arma había envuelto en

densa nube la estancia donde se hallaba Diana.

Por fin, apareció Carlos palidísimo, pero ya más calmado. Arrojó su sombrero, y quitándose la capa, iba á tirar del cordón de una campanilla, cuando la puerta que servía de comunicacion entre las habitaciones de Diana y las de Carlos se abrió, apareciendo en ella el ayuda de cámara del Barón.

Carlos le alargó la carta que había escrito en la fonda, y le dijo:

—Toma, Antonio; lleva esa carta á donde dice el sobre. Vés en un coche. Acabo de matar á un hombre.

El pobre criado hizo un movimiento de asombro.

—Antes de marcharte,—continuó diciendo el Barón,—despierta á la doncella de la señorita, y mándala que prepare todo para su marcha. Véte y hazlo todo en seguida.

El proyecto de Carlos había dado un resultado trágico por completo y satisfactorio para él.

Veamos en capítulo aparte cuáles fueron las consecuencias de aquel suceso para el marido de Diana.

## VII.

### EL HERIDO.

Despues de marcharse el ayuda de cámara para dar debido cumplimiento á las órdenes de su amo, éste, apartando con brusco ademán el gabán de su rival, dejóse caer en el sofá, donde presa de las más amargas reflexiones, analizó su conducta.

—He hecho uso de un derecho, pensaba, y mi conciencia me dice que he obrado bien. Ese miserable Velasco, ese petimetre inútil y holgazan, ni aún tenía la pasión por excusa. Le conozco demasiado para no dejarme engañar por él. Bien aprovechado ha sido mi pistoletazo. Entristecerá á algunas mujeres; pero en cambio salvará la fortuna de muchos jugadores. ¡Oh! pero, ¿y ella, Diana? Ayer mismo hubiera yo jurado y perjurado que era inocente, honrada. Yo no vivía más que para ella. Sentíame feliz al adivinar sus más insignificantes deseos, obedeciéndola y complaciéndola en todo; en una palabra, adorándola. Todo, todo lo hubiera sacrificado por su dicha. ¡Ayer, ayer! Hoy, ¡qué diferencia!

Y pensando en el abismo que acababa de cruzar, exclamaba:

—¡Cuánto tiempo ha pasado en veinticuatro horas!

El dolor iba apoderándose de su corazón, como el frío de un cuerpo espirante, y las lágrimas oscurecían su vista. Iba ya á estallar en sollozos, cuando le sacó de su abstracción el ruido de un paso rápido y vivo, que, acompañado del frote de un vestido de seda sobre el pavimento, se oyó junto á él.

Era Diana, la culpable, que, transida de terror, se alejaba de aquel lugar.

Carlos, sin detenerla ni dirigirla una sola palabra, siguió reflexionando:

—He hecho bien. El pasado no existe para mí.

Bullían á borbotones en su mente las ideas y se confundían y chocaban unas con otras, como la multitud que se apiña impaciente en un aposento harto estrecho para contenerla.

—¡Cuánto se sufre en un solo día!

Tal era el pensamiento que más se agitaba en su cerebro. Causado de aquella postura, y con la inquietud propia de una persona que carece de reposo moral, se levantó y comenzó á dar vacilantes paseos por la habitación. Su cabeza ardía. Acercóse á la ventana, y refrescó su frente con el penetrante frío de la noche.

—¡Qué escándalo habrá en Madrid mañana!—pensaba despues.—Me parece oír las palabras que correrán por todos los labios.—¿No sabe V. la no-



vedad?—¿Qué....—La Baronesita....—¿La mujer de Lemberg?—Sí.—¿Qué la sucede?—Emilio Velasco estaba en relaciones con ella.—¡Ah, qué atrocidad!—Otros exclamarán, como esas malditas viejas: «Sí, ya lo sé. ¡Pobre Baron!» Y se echarán á reír.—«Es que el Baron les sorprendió anoche, y ha matado á Velasco.—¿Que le ha matado?—Sí, de un pistoletazo.—¡Diablo!» Entonces ya no se reirán.—«Pero ¿y la Baronesita?—Ha huido.»

Y pensando en Diana, á quien tanto había amado y para quien aún conservaba cierta compasión, á pesar de su cólera, decía:

—Sí, he hecho bien en no matarla. Después de todo, yo he tenido la culpa de su falta. Además, me hubiera sido imposible disparar sobre ella.... Esta misma noche, ¡qué tierna y amable se mostraba conmigo!—«¿Te marchas, Carlos? Vuelve pronto; ¡estoy tan mal cuando te vas fuera!», y me ofrecía con sus labios un dulce beso. Ahora está perdida, perdida para siempre, pues su padre no la perdonará nunca lo que ha hecho.... No la queda otro refugio que un convento.... ¡Oh, qué ejemplo para el mundo! La reina de la moda trocada en veinticuatro horas en monja ó hermana de la Caridad!.... Sí, he hecho bien; ahora nadie se reirá de mí.

Satisfecho al hacerse esta última reflexión, Carlos sacó un cigarro de su petaca y encendiéndole, se puso á fumar, escuchando con atención el movimiento que había en la casa, cuyas doncellas preparaban todo para la partida de la esposa infiel.

El ayuda de cámara del Baron, en tanto, había salido á la calle, y encontrando un carruaje desahogado, se hizo conducir al Gobierno civil, no sin ofrecer al cochero una buena propina, merced á cuya circunstancia el caballo hizo un esfuerzo de que parecía incapaz, dada su débil y raquítica complexión, y llegó en un momento á la oficina judicial.

Un empleado se hallaba en la puerta haciendo inútiles tentativas para permanecer de pie y alejar el sueño que entornaba sus ojos.

—Una carta para el Comisario de policía,—le dijo el criado enseñándole la de su amo. Necesito verle en seguida y entregársela.

—Ahora no recibe á nadie el Sr. Comisario, dijo el empleado esperezando sus entumecidos miembros.

—Pues es indispensable. Soy un criado del Baron de Lemberg, agregado militar de la legación austriaca, y vengo de su parte. Mi amo acaba de matar á un hombre.

Al oír estas palabras el soñoliento empleado abrió los ojos con asombro. El ayuda de cámara tuvo que repetir lo que había dicho.

—¿Y dice Vd. que trae una carta para el señor Comisario? exclamó por fin.

—Sí, aquí está.

—Démela usted.

Pocos momentos después el Comisario leía la siguiente carta del Baron, del cual por casualidad era amigo:

«Señor Comisario:

«Acabo de matar en mi casa á un hombre, al amante de mi mujer, y espero que tome las disposiciones propias de este caso cuanto antes le sea posible.

«Suyo afectísimo,

EL BARON CARLOS DE LEMBERG.»

El Comisario, sin perder un instante, avisó al juez de primera instancia del distrito, y partió con éste apresuradamente en el carruaje que había llevado el ayuda de cámara, acompañados además del médico forense, un escribano y otros dos empleados de orden público.

Toda la comitiva entraba momentos después en el palacio del Baron, el cual salió al vestíbulo á recibirla.

Carlos hizo entrar en las habitaciones de Diana al juez y al médico, y cuando estuvo sólo con ellos les dijo:

—Les doy á VV. las gracias por haber acudido tan pronto á mi llamamiento.

El Juez era un hombre de regular estatura, moreno y de ojos grandes, que revelaban no poca astucia y talento. El traje estaba en consonancia con la severidad y metodismo de su carácter, de cuyas cualidades dió luego muestra respondiendo:

—No hacemos más que cumplir con nuestra obligación, caballero. Pero dispénseme V.; ¿es al señor Baron de Lemberg á quien tengo el honor de dirigir la palabra?

—Sí, señor.

—Celebro, contestó el Juez, que volviéndose á su compañero, le presentó en los siguientes términos á Carlos:

—El señor es el médico que viene á prestarme los auxilios propios de su facultad.

El presentado era un hombre bajo y rechoncho, cuyo traje, compuesto de un reverendo frac negro, pantalón del mismo color y un alto y embarazoso corbatín, era un tanto pasado de moda. Hizo una profunda reverencia al Baron, y dejó hablar al Juez.

—¿Ha escrito V., dijo este último, dirigiéndose á Carlos, una carta al Comisario de policía avisándole de que esta noche se había cometido aquí un crimen?

—Con permiso de V., Sr. Juez, he escrito una muerte.

—¿Cuándo ha sido?

—Hace una hora.

—¿Y el reo?

—Soy yo.

—¿Confiesa usted?...

—Todo.

—¿Y la víctima?

Al escuchar esta pregunta, una indescriptible sonrisa de ironía, marcadamente amarga, contrajo los labios de Carlos.

—¿La víctima? Aquí está, dijo. Y con la mano señaló el tocador de Diana, á cuya puerta estaban próximos.

—¿Aquí? exclamó entonces el Médico, que hasta entonces nada había dicho. Venga V., venga usted, señor Juez, añadió entrando con éste en la habitación indicada.

Carlos se quedó solo.

La palabra *victima* empleada por el Juez para designar al herido, le había entrado derecha hasta el corazón.

—¿La víctima! repitió ¡la víctima! ¡El! Y yo ¿qué soy?

Un ligero ruido que se percibió detrás de él le obligó á volver la cabeza.

Era Francisca, que acababa de entrar en el gabinete llevando en la mano una maletita, sobre la que se destacaban, primorosamente cinceladas, las armas respectivas de las casas de Lemberg y Jativa.

—¿Qué busca V. aquí? preguntó el Baron.

—Perdóneme V., señor, pero vengo á recoger algunos objetos de mi ama que hay aquí, contestó humildemente la doncella con meliflua voz.

Al decir esto, se iba aproximando á un elegante *secrétaire* de palo de rosa, donde estaban encerradas las alhajas de la Baronesa.

—Ah, sí, comprendo; pero dése V. prisa.

Una visible cólera se advertía en Carlos al pronunciar estas palabras.

—De manera que ahora, en tan críticos instantes, pensaba el Baron, cuando un hombre acaba de morir por ella y sabiendo la situación en que

me hallo, se acuerda de sus alhajas? Tal vez no será cosa suya; esta muchacha, para hacer alarde de celo y adhesión, le habrá pedido las llaves.

En tanto que tales ideas cruzaban por la mente de Carlos, la doncella, después de abrir el *secrétaire*, escondió con presteza un cofrecito de alhajas en la maleta. Este objeto, que estaba colocado sobre una silla, atrajo las miradas de Carlos.

—¿Mis armas! dijo.

Y tomando un cuchillito de plata, que servía de plegadera á Diana, se acercó á la maleta é hizo saltar en un momento el dorado escudo.

Sorprendido por lo que el Baron hacía, Francisca se había quedado mirándole, teniendo entre sus manos una caja tallada que se disponía á guardar en la maleta.

Esta caja, que era bastante grande, contenía también pendientes, pulseras, sortijas y otras joyas, cuidadosamente embutidas entre terciopelo carmesí, que ocupaban la parte superior de la caja. En la inferior había un doble fondo secreto, que conocía el Baron.

—Déme V. eso, Francisca, exclamó éste apoderándose de la caja.

Y al abrirla se decía:

—¿Oh, mi regalo de boda, las alhajas que poseían mis antepasados desde hace trescientos años! Que se los lleve; ¿qué me importa? En cualquiera parte se encuentran perlas y brillantes.

Una nueva idea debió ocurrirle, porque vaciando en la maleta los preciosos objetos que contenía la caja, se quedó con ésta.

—Ahora me acuerdo de que en el secreto de esta caja guardaba esa ingrata mi retrato. No se le llevará; me quedo con él, pensó.

Y levantando la voz.

—Despáchese V., Francisca, despáchese V.; necesito estar solo.

Breves instantes después, el mueble de palo de rosa estaba vacío, y su contenido había pasado á la maleta. Francisca, llevándosela, saludó al Baron y salió apresuradamente.

Carlos abrió entonces el fondo secreto de la caja. Efecto sin duda del pequeño esfuerzo que hizo para conseguirlo, varios papeles cayeron al suelo, y otros se quedaron en la caja ocultando á medias el retrato del Baron, vestido con el uniforme de gala de dragones de Windischgratz.

Carlos comprendió que acababa de hallar, por acaso, uno de esos secretos escondrijos á que tan aficionadas son las mujeres para ocultar ciertos objetos más ó menos comprometedores.

Una especie de cuaderno, de pocas hojas, lujosamente impreso, y al cual había sido preciso doblar por enmedio para que cupiera en la caja, llamó desde luego la atención del Baron.

En la cubierta se veía, grabado en tinta azul, el siguiente lema: «Estatutos de la orden del *Flirt*, *Flirt*, amor, amistad.»

Ya se disponía á hojear aquel extraño documento, cuya importancia estaba bien lejos de sospechar, cuando fué interrumpido por la entrada del Juez en la habitación.

—¿Y bien? preguntó Carlos cerrando el secreto de la caja, después de haber guardado en él todos los papeles.

El aspecto del Juez era grave y severo.

—Señor Baron, dijo el funcionario judicial, el herido desea hablar con V. unos momentos.

Al oír tan inesperada noticia, Carlos dió un salto.

—¿El herido? exclamó, ¿el herido ha dicho usted? Debo haber oído mal. ¿Ese hombre no está muerto?

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con un acento de profunda rabia, que Carlos no trató de disimular. El Juez, sin embargo, permaneció tranquilo y sereno.



—La herida presenta gravedad, contestó, pero esperamos que no sea mortal.

—¿Ah, VV. lo esperan?, dijo el Baron. ¡Dios permita que se engañen!

Cárlos fué á sentarse en una silla con la mano colocada sobre el pecho como para contener los latidos de su corazón.

El Juez debía ser inflexible. Sin levantar la voz, y sin dar á ésta tampoco un acento ni suplicante, ni imperioso, repitió:

—El herido desea que V. le escuche, señor Baron.

Tan obstinada insistencia obligó á Cárlos á preguntar:

—¿Me lo exige la ley?

—No ciertamente. La ley, no.

—Entonces, me niego terminantemente á hablarle, contestó el Baron con un tono que no admitía réplica.

El Juez, empero, sin cambiar la inflexion de su acento, añadió:

—Piénselo V. bien. Es quizá un moribundo quien le llama á V.

—¿Quizá repitió Cárlos. No, á los moribundos no se les debe dirigir más que palabras de piedad, y yo no podría pronunciar una sola. Me niego resueltamente, señor Juez, me niego.

El Juez hizo un gesto que significaba bien á las claras:

—Como V. guste. Yo ya he cumplido con mi deber. Lo demás me tiene sin cuidado.

Y en voz alta le preguntó á Cárlos:

—¿Está V. dispuesto á responder á las preguntas que voy á hacerle?

—Sí, señor Juez, repuso sin titubear el Baron señalando un asiento á su interlocutor.

Pero éste, en lugar de sentarse, y despues de haber aprobado con una inclinacion de cabeza las buenas disposiciones de Cárlos, se dirigió á la puerta donde esperaba el escribano y los demás empleados del Juzgado.

El depositario de la fe pública, obedeciendo á una lacónica y muda orden del Juez, entró en el gabinete y se sentó junto al velador que habia en el centro de la estancia. En seguida sacó de las profundidades de sus anchos bolsillos un voluminoso rollo de papel, un tosco tintero de cuerno y una pluma, y apercibido de tales enseres, esperó á que el interrogatorio comenzase, dispuesto á escribir, sin omitir una sola palabra, cuantas allí se pronunciasen.

Uno de los empleados de policía, obedeciendo también á ciertas palabras que el Juez habia deslizado en su oído, atravesó el gabinete y se situó junto á la puerta por donde habia salido Francisca con las alhajas de su señora.

Así colocado, pues, cada cual en su puesto, el Juez se irguió con severidad, como si fuese á pronunciar el más elocuente de los discursos, y preguntó á Cárlos:

—¿Sus nombres de V., apellidos y títulos?

—Cárlos de Lemberg, baron de Lemberg, antiguo coronel de dragones de Windischgrätz, agregado militar superior de la Legacion de Austria en Madrid, contestó el interpelado.

La pluma del escribano se deslizaba sobre el papel con una rapidez vertiginosa.

—¿Edad? prosiguió el Juez con esa concision propia de los hombres de justicia.

—Cincuenta y cinco años.

—¿Naturaleza?

—Viena.

—¿En Austria?

—Sí.

—¿Casado?

—Desde hace cuatro años.

—¿Sin hijos?

—¡Gracias á Dios!

Entre cada una de estas preguntas el Juez dejaba transcurrir breves momentos para que el escribano pudiese tomar acta de ellas.

El Juez continuó su interrogatorio.

—¿Ha sido V. procesado alguna vez?

—¿Yo? exclamó precipitadamente Cárlos con el acento de una persona que se siente herida en lo más profundo del alma... ¡No, señor Juez, nunca!

—Dispénsese el Señor Baron el haberle hecho esta pregunta. Es de rúbrica en todo interrogatorio, y por tanto, no debe V. resentirse por ella. Las personas más nobles, más honradas pueden haberse visto empeñadas durante el curso de su vida en algun lance que, sin ser deshonoroso, les pudo obligar á defenderse ante la justicia.... Vea usted.... un duelo, pongo por caso....

Cárlos, al oír esto, palideció. La palabra duelo le recordaba á la duquesa Elena y á su esposo, á quien habia engañado y el cual no habia llamado en su auxilio, para vengarse, á la ley, sino que le habia desafiado sin vacilar.

Verdad es, el Duque no amaba á su esposa como Cárlos á Diana.

Elena no tenía de comun con la pura y casta esposa de Cárlos más que la belleza. La hija del Marqués de Játiva era un ángel, á quien Satanas habia precipitado en el fango de la traicion y del adulterio.

Todos estos pensamientos brillaron por un instante en la mente del Baron como relámpago pasajero.

El Juez continuó diciendo:

—Sí, un duelo puede tener por causa el más honroso motivo. ¿Usted se habrá batido, seguramente, como muchos otros?

—Sí, respondió Cárlos, una vez.

—¿Ah! ¿Cuándo fué eso, señor Baron?

—En Madrid, hace muchos años.

—¿Y qué causa?....

—¿La causa? Una mujer.

—¿Le desafió á V. su amante?

—No, su marido.

—¿Ah! exclamó el Juez con tal asombro, que Cárlos advirtió claramente toda la intensidad de aquel monosílabo.

Esta exhumacion de recuerdos, tan descortésmente iniciada por el Juez, produjo cierta turbacion en el Baron, despertando no pocos remordimientos en su espíritu. Cárlos, llevado de esta impresion, sintió la necesidad de justificarse, y olvidando los deberes de respeto y reconocimiento que un hombre ha de guardar á la mujer á quien ha amado, sea la que fuere y aunque hayan transcurrido cien años, dijo:

—El mundo, cuyo juicio hoy tanto me preocupa, el mundo, digo, habria disculpado mi falta si la hubiese conocido. La que el destino me deparó por cómplice tenía treinta años. Yo, acababa de franquear los umbrales que dan paso á la vida.

Al escuchar esta declaracion, el Juez dirigió una furtiva mirada hácia la puerta de la habitacion en que el médico prodigaba al enfermo los auxilios que su estado requería.

—Todo mi delito, prosiguió el Baron, consistió en no saber resistir. El marido estuvo muy en su derecho; pero si me hubiese matado, habria pagado yo, que era casi justo, por otros muchos pecadores. La suerte me favoreció.

El Juez escuchó hasta el fin la extraña justificacion del marido de Diana, que en su forense estilo calificaba aquél para sus adentros de *excusatio non petita*.

—¿Conoce V. al herido? exclamó el funcionario judicial despues de algunos instantes de silencio, como para indicar que no queria insistir ni hacer ninguna reflexion sobre hechos ya olvidados.

—¿Si le conozco? Emilio Velasco, respondió

el Baron. Era amigo mio y venía con mucha frecuencia á mi casa.

—¿Y confiesa V. haberle herido?....

—¡Oh, sin piedad! gritó Cárlos en irritado tono. ¡Si era el amante de mi mujer! No, no podrá negarlo.

Trascurrió otra breve pausa.

—¿Es ésta su casa de V.? interpeló de nuevo el Juez.

—Sí, señor. Este palacio es de mi propiedad.

—Está bien. ¿Quiere V. decirme los nombres y apellidos de su esposa?

—Diana, María de Játiva.

—Natural de....

—De la quinta de su padre, el Marqués de Játiva, á una legua de Valencia.

—¿Su edad?

—Veinticuatro años poco há cumplidos.

—¿Y cómo ha llegado V. á.... sospechar?

—Hace veinticuatro horas, no sé si mi buena ó mala estrella hizo que me colocase en los mismos salones de mi casa detras de dos señoras, y sin ellas darse cuenta de ello, sorprendí su conversacion. Hablaban de las relaciones que existian entre mi mujer y Emilio Velasco. Fingí un viaje repentino é indispensable, entré anoche por esta ventana, forcé la puerta, y divisé en la sombra á ese malvado Velasco.... Ya sabe V. lo demás.

Durante este breve relato de Cárlos, la fisonomía del Juez habia tomado esa expresion que de ordinario se pinta en las facciones de un médico cuando el doliente le describe la enfermedad que padece. Despues de algunos momentos de reflexion, exclamó:

—Señor Baron, ha incurrido V. en el delito previsto por el art. 333 del Código penal vigente.

Voy á incoar el proceso. Mientras tanto, prométame V. no marcharse de esta casa.

—Le doy á V. mi palabra de honor. No saldré de aquí hasta que V. me autorice para ello, respondió el presunto homicida.

El Juez debió quedar satisfecho con esta respuesta, pues levantándose, tomó de sobre la mesa en que habia escrito el escribano, la declaracion indagatoria copiada por éste, y presentándola al Baron, le dijo:

—Tenga V. la bondad de leer y firmar al pié.

—Es inútil, señor Juez.

—Dispénsese V. que insista, pero me gusta en todo la formalidad.

(Se continuará.)

## LOS ANADES SALVAJES.

Esta especie de aves acuáticas es una de las más buscadas entre los cazadores. Su pico es aplastado en forma de espátula, y de color entre verdoso y amarillento; rojizo oscuro el iris de sus ojos; la una mitad del cuello está salpicada de manchas verdes como esmeraldas, mientras la otra mitad brilla con un hermoso tinte de púrpura, lo mismo que el pecho; las alas, matizadas de azul; de su cola, que termina en un blanco penacho, salen cuatro plumas que se inclinan en forma de semicírculo sobre la parte superior del cuerpo; éste, teñido de verde y negro, de rojo las patas, y tambien de negro las uñas.

El ánade salvaje es ave monógama, pues á diferencia de las otras especies de esta familia, que viven en un verdadero serrallo, se contenta con la hembra que elige. Para hacerlo, suele sostener empeñados y reñidos combates con sus semejantes, y si en ellos queda vencedor, esconde á la pareja que ha conquistado entre la espesura de los cañaverales. Allí permanecen los dos enamorados unos veinte días, poco más ó ménos, segun el ar-





CAZA DE ANADES SALVAJES.



dor de su pasión, sin abandonar el macho su amoroso nido más que para buscar alimentos. Pasado este término, se ve á la hembra salir del escondite y regresar conduciendo en su pico juncos y cañas secas, con los cuales y las plumas que se arranca del pecho procede á la construcción del nido que ha de servir de infantil cuna para sus hijos. En él deposita doce á quince huevos. Es de ver, durante el período de incubación, el cuidadoso afán que muestra en proteger los productos de sus entrañas y en no abandonarlos un momento. Sólo hace una corta excursión, por la noche, para proveerse de vituallas, no sin dejar el nido esmeradamente oculto con hierba, y quedándose el macho de centinela para evitar un asalto.

A los treinta días se rompen los huevos; la ánade se sumerge en el agua, llama á sus polluelos, y tomándolos cuidadosamente con su pico, los deja sobre el agua, enseñándoles á nadar y buscar las moscas, sanguijuelas, larvas y otros animalillos, que constituyen su primer alimento.

A los tres meses ya les han nacido á los pollos las alas, y á los seis pueden considerarse como adultos.

Tanto el macho como la hembra pierden la pluma al concluir el período de incubación.

El ánade salvaje es muy sociable. Lo tardío de su vuelo, sobre todo cuando se levanta, y el ruido que producen las alas le exponen á frecuentes peligros, y sin duda para precaverlos y arrostrarlos aunan sus fuerzas. Cuando vuelan marchan en forma de triángulo con sus capitanes á la cabeza. Pueden remontarse hasta perderse de vista, y cuando resuelven bajar á tierra, envían una avanzada para tantear el terreno y dar aviso de todo riesgo próximo. Son muy aficionados al frío, y por eso donde más abundan es en las regiones polares. Nunca se les encuentra solos más que en la época del celo y cuando, siendo perseguidos, se ven obligados á ocultarse en algún sitio y huir de sus compañeros.

Tales son las aves en cuya espera está el cazador de nuestro grabado de hoy, mientras el guarda, dirigiendo una lancha, lleva á los incautos ánades hacia el sitio donde aquél se encuentra y en el que los espera probablemente segura muerte.

#### SOCIEDAD DE CAZA DE MADRID.

El domingo 5 de Diciembre, S. M. el Rey convalidó á la Sociedad de Caza de Madrid, de la que es Presidente, á correr en la dehesa de los Carabanchales con los perros de la Sociedad un corzo de los que se hallan en la Casa de Campo, mandados traer por S. M. el año pasado del extranjero para aclimatarlos aquí, y cuya aclimatación ha dado muy buen resultado.

La hora de la cita era á las once y media de la mañana y á dicha hora se hallaban en Rodajos (Casa de Campo) SS. MM. el Rey y la Reina y SS. AA. las Infantas doña Isabel, doña Eulalia y doña Paz, que habían ido en un breack tirado por cuatro briosas jacas guiadas por S. A. la Infanta doña Isabel.

Muchos de los socios y varios convidados esperaban también allí la llegada de SS. MM. y Altezas.

Dada la orden por S. M. el Rey, se abrió una de las puertas de la Casa de Campo y salió el corzo corriendo hacia la dehesa de los Carabanchales.

Media hora después montaron todos los cazadores á caballo, y con los perros fueron en busca del corzo.

No se tardó mucho en encontrar el rastro del animal, y siguiéndolo los perros con gran velocidad y aguante, después de una hora de carrera,

(run) fué cogido el corzo, cerca del pueblo de Carabanchel, habiendo atravesado un terreno difícil y escabroso, en el cual el corzo trató de defenderse y ocultarse, y en el cual jinetes y caballos dieron pruebas de pericia y de resistencia.

Al pasar uno de los terrenos difíciles, el caballo que montaba S. A. la Infanta Isabel metió la mano en un hoyo, y se cayó derribando á S. A.; pero ésta, con su reconocida intrepidez, se levantó en seguida, y montando otra vez, siguió corriendo como si nada hubiera ocurrido, llegando con los demás cazadores á la muerte del corzo, cuyos piés fueron ofrecidos á S. A. la Infanta Isabel y á la Condesa de Peña-Ramiro, únicas amazonas que tuvieron el placer de asistir á tan divertida y arriesgada cacería.

Después de un breve descanso se corrieron unas liebres en los terrenos de la Sociedad, y luego se regresó á Madrid por la Casa de Campo, muy satisfechos todos de tan brillante cacería, amenizada por un día hermosísimo.

S. M. la Reina y SS. AA. las Infantas Doña Paz y Doña Eulalia presenciaron desde la puerta de la Casa de Campo el principio de la cacería y pudieron ver durante algún tiempo las diferentes fases de ella.

Asistieron á dicha cacería los Sres. Vizconde de Bahía Honda, Marqueses de Casa Irujo, Lárrios, Castell Moncayo y Guadalmina, Duque de Huéscar D. Enrique Croock, Condes de Villanueva y Peña Ramiro, D. Jaime Silva, Conde del Pilar, D. Martín Lárrios, etc., etc.

P.

#### PIPAON.

(BIOGRAFÍA.)

La mayor parte de los que hayan leído el epígrafe de este artículo habrán recordado, si conocen los *Episodios Nacionales*, de uno de nuestros primeros novelistas contemporáneos, el personaje descrito en una de las obras citadas; personaje realizado por el admirable colorido con que Pérez Galdós ilumina sus creaciones. Olvidense, pues, de aquella figura interesante los que se fijan en estas líneas, que en nada, sino en el nombre que las encabeza, han de parecerse á las trazadas por el eminente escritor.

Pipaon es un personaje real, existente, admirablemente desarrollado, el cual forma parte de la gran familia de seres, unos racionales y otros irracionales, que pueblan nuestro fecundísimo planeta. Como Pipaon, hay una infinidad de Pipaones en campos y ciudades, pero que se distinguen del susodicho en que ellos no tienen historia propia, fisonomía particular, por pertenecer á la numerosa familia del vulgo, en tanto que Pipaon, notabilísimo ejemplar de su especie, excepcional individuo entre sus congéneres, tiene derecho, por sus especialísimas condiciones, á los honores de la biografía. ¿Cómo no tenerle en los tiempos que corren! El maestro de obra prima que clavetea con primor los zapatos de alguna deidad en moda; el que emborriona diariamente dos resmas de papel para dirigir versos á la luna, ó contar las reyertas que tiene con su patrona; el que se rompe la cabeza contra el coche desbocado de algún ministro; el que intenta tirarse por el viaducto á consecuencia de que no le salió el premio gordo de la lotería, y otra infinidad de celebridades de semejantes condiciones, se creen hoy con el derecho de adquirir el honor de la biografía, temerosos de que una muerte imprevista sepulte en el olvido sus admirables hechos ó sus especiales trabajos. ¿Cómo, pues, no consignar en letras de molde la vida de Pipaon descrita por uno de sus semejantes? ¿Cómo en el siglo de los biógrafos, no serlo del más notable gallo de cuantos pueblan cortijos y corrales? Apresurémonos á corregir y enmendar los torcidos signos, hechos por el afilado espolon de un humillísimo pollo, admirador entusiasta de Pipaon, el cual (dicho pollo) lleno de modestia y temeroso de que su bipeda familia le conceda los honores de la inmortalidad, ha tenido á bien remitirnos los apuntes biográficos de su respetado padre y compañero, rogándonos los vertamos al idioma de nuestra especie. La traducción literal, salvo algunas correcciones de estilo, dice así:

«En una de las quintas más risueñas que rodean la capital de la antigua Coronilla, y sobre un montón de menuda paja, medio escondida entre las carcomidas tapias de un ruinoso corral, se oyó en el mes de Octubre del 78 el alegre cacareo de una hermosa gallina castellana. Había pues-

to un huevo. Extrañando el hecho los propietarios de la alborotada huésped (pues gracias al lamentable abandono en que nos tienen en España nuestros naturales señores, apenas hay hembra de nuestra raza que ponga á fines de Agosto), acudieron presurosos al *ponedero*, ansiando el placer de comerse un huevo fresco. Con efecto; sobre el dorado y mullido lecho, blanco y redondo, se distinguía el inesperado presente que encerraba en los misteriosos senos de su germen la mismísima personalidad de Pipaon.»

(Aquí hay en el manuscrito original un signo desconocido, con el cual, sin duda piensa significar el pollo biógrafo su respeto, y que indudablemente vendrá á ser en nuestro lenguaje un Q. D. G. ó cosa parecida.)

«Pero ¡oh destino providencial! el huevo, á causa de su pequeñez (era sin duda el último de la dinastía), no fué enviado á los horrores de la inquisición culinaria, y se libró milagrosamente de la churruicante manteca y del agua en ebullición. Pasó algún tiempo, y un día en que la actual propietaria de Pipaon buscaba entretenimiento á sus ocios, el huevo predestinado fué llevado al gabinete de la desocupada joven, la cual (Dios nos la conserve miles de años, por haber enaltecido nuestra especie con tan ilustre individuo) puso el huevo en el blando nido de unas preciosas tórtolas que habían tenido la desgracia de perder á sus vástagos. Aceptado con amor, como no podía menos de serlo vista su redondez y blancura, el huevo, alimentado por el calor de las enamoradas aves, terminó su desarrollo, y á los veinte y un días, el 15 de Noviembre, á las once de la noche, vino al mundo de los presentes el sin par Pipaon. Sus padres adoptivos, extrañando su naturaleza, y acaso desconfiados de poder criar con el esmero necesario tan preciosa existencia, lo rechazaron de su nido; y aquella tiernísima *criatura*, tiritando de frío hubiera perecido, sin los cuidados de la caritativa señora que, ya colocándola sobre las parrillas, envuelta en calientes bayetas, ya poniéndola en una caja de cristal á los pálidos rayos del sol de otoño, consiguió, ayudada por la naturaleza, salvar tan delicada vida, demostrando de este modo los admirables fines de la Providencia. Desde entonces Pipaon ha dejado de pertenecer á nuestra familia, ascendiendo hasta el lugar de los seres superiores (perros, gatos, etc., etc.), gracias á la donosura de su talento y á la bondadosa condición de su carácter. Pipaon no tiene vida común con nosotros, por lo cual le admiramos como verdadera excepción de su especie; galante y enamorado caballero, gracias á la educación que ha recibido, pasa el día en las soledades de su haren, cumpliendo fielmente sus imprescindibles deberes de esposo y padre; pero no bien se pone el sol, y una vez asegurado de la tranquilidad de nuestra morada, se lanza á la manifestación de sus eminentes cualidades, y penetrando políticamente en los aposentos de sus protectores y amigos, da principio á la segunda parte de su existencia. ¡Oh portento de nuestra especie!... Pipaon, subido en una silla de tapicería, y con el comedimiento propio de las aristocráticas costumbres, participa de la comida de sus señores, los cuales le hacen plato de varios manjares: toma después el café con sin igual esmero, y como gran conocedor del idioma humano, presencia la velada escuchando atentamente y haciéndose comprender con el expresivo lenguaje con que se comunica en ese mundo elevadísimo en que tan bien se le recibe. Pipaon suele estar hasta las doce de la noche, siendo la admiración de la concurrencia la gracia con que conoce, sin equivocarse, entre varias señoras á la que tiene por adoptiva madre, el esmero con que alisa y acaricia sus plumas, siempre que se le invita para ello, y la tranquilidad con que se acuesta y duerme sobre la rodilla de su señor. Otra infinidad de acciones á cual más notables y curiosas hacen de Pipaon el orgullo de nuestra raza y la admiración de propios y extraños. Pipaon, durante el día, y conociendo lo mucho que se estiman los huevos frescos entre los reyes de la naturaleza, gracias á la expresiva vivacidad de su palabra, con la cual seduce y encanta á nuestras madres y esposas, consigue que parte de su serrallo le siga á las habitaciones particulares de sus dueños, y allí obliga á las hembras de nuestra familia á depositar sus huevos debajo de una silla ó de una mesa, llamando en seguida con incesante clamoreo para que sean recogidos y aprovechados. Pipaon responde con un vibrante grito de alegría siempre que escucha su nombre, y acude presuroso á la voz que le llama, siendo tal la elevación y el criterio de su inteligencia excepcional, que jamás se marcha al departamento donde tiene sus corrales sin saludar á sus señores, dándoles los buenos días con un *kiriki*, que ha de lanzar, precisamente, en el dintel de la habitación de sus amos. En fin, Pipaon duerme sobre un mullido lecho de alfombra en el mismo gabinete de la joven á quien debe la vida.

«Nosotros, los que vivimos una parte del día en compañía de Pipaon, le veneramos, respetándole como á un sér completamente superior. Cuando nos vemos y le vemos, no vacilamos en proclamarle el príncipe de todos los gallos, el más hermoso ejemplar de todas las gallináceas, porque Pipaon, á más de las condiciones discretas, tiene hermosura y es proporcionado. Su pluma, negra y blanca en gracioso batido por la pechuga y patas, toma el color de oro por el



dorso, brillando al sol como delicada filigrana; tiene por cola un magnífico plumero negro azulado, y lo inmenso de su cresta, roja como la púrpura, contrasta con el blanco mate de sus oídos y el negro brillante de sus ojos.

»Pipaon va á cumplir dos años, y promete disfrutar de larguísima vida. ¡Ilé aquí adonde le ha conducido su talento, su bondad, sus dotes de ingenio y de mansedumbre! Nosotros nos comparamos con él y nos vemos pobres, sin comodidades ni consideraciones, sin regalo ninguno, sin poder alisar nuestra pluma en blandos almohadones ni dormir sobre otra cosa que en mal pulido madero, corriendo siempre delante de horrible cocinera, y recordando sin cesar el fatídico porvenir que nos aguarda.

»¡Oh Pipaon! tú estás predestinado á marcar nuestra historia con rastro luminoso; por ti las edades del porvenir acaso miren con más respeto y consideración á esta humilísima familia, de que yo formo parte, y de que tú eres una brillante muestra; sigue cultivando tu maravillosa inteligencia y especialísimo carácter, y ¡ojalá que cuando se conozcan tus portentosas hazañas, se dedique un recuerdo de agradecimiento hácia tu ignorantisimo biógrafo y apasionado súbdito!

X....»

Así termina el notable manuscrito que el pollo zaragozano nos ha remitido; queda hecha la biografía de Pipaon, que en todo caso será una de tantas como hoy se escriben.

ROSARIO DE ACUÑA DE LAIGLESIA.

### CONFERENCIA AGRÍCOLA DEL SR. LOPEZ MARTINEZ.

La abundancia de original nos impidió dar cuenta en nuestro número anterior de la notable conferencia agrícola dada el día 14 de Noviembre, en el Conservatorio de Artes y Oficios por el distinguido catedrático de Agricultura D. Miguel Lopez Martinez.

Después de un breve exordio, comenzó éste su discurso encareciendo las excelencias de la vida del campo y la necesidad de que el labrador vigile por sí mismo las faenas del cultivo agrícola.

«La vida de campo, dijo, bajo el punto de vista agrícola, es la aplicación constante de la familia á los trabajos culturales, y á la vez el vivo afán del individuo por disfrutar, con preferencia á los placeres de la ciudad, las magnificencias de la naturaleza cultivada. La base esencial de la vida de campo es la residencia del agricultor en el predio rústico. Esta circunstancia es tan necesaria para el progreso agrícola, que sin ella no es posible que se realice. No diré que tenga por sí sola la virtud de hacer prosperar los intereses rurales, pues son necesarios otros factores; pero se puede afirmar en absoluto que el absenteismo del propietario es causa constante de ruina, porque con él son de todo punto imposible la enseñanza que resulta de la observación, la experiencia que da el ensayo, el lucro que proporciona la aplicación al cultivo de las ciencias que constituyen ó sirven de complemento á la agronomía.»

Después de explicar la conveniencia que reporta la urbanización de los campos, examinó, por vía de ejemplo, lo que acontece en Inglaterra, donde la población rural está extremadamente desparramada y predomina una gran afición á vivir en las comarcas rústicas, y lo que sucede en España, nación en que la despoblación de los campos es completa, deduciendo elocuentes consecuencias acerca de la riqueza agrícola y el cultivo.

Las ventajas de la vida de campo para la producción las explicó el Sr. Lopez Martinez en los siguientes términos:

«La administración rural tiene por objeto la buena distribución del personal en las varias faenas agrícolas; el útil empleo del capital necesario en el cultivo, y la cuenta exacta de la explotación para saber con certeza en qué ramo de producción está el mayor provecho, y cuáles medios se deben emplear para evitar la ruina.

»Basta enunciar el concepto de la administración rural para comprender que para que sea el amo buen administrador es absolutamente preciso vivir en el predio que cultiva. Sólo así puede adquirir el conocimiento que se necesita para fijar con acierto la época de las operaciones agrarias, para establecer la debida proporción entre la ganadería, el cultivo y el capital mueble, para que todo sea orden, moralidad y concierto.

»El cultivador que vive lejos de su hacienda, ó ha de encargar el cuidado de las labores á un dependiente subalterno, ó es preciso que los dirija él mismo, dando frecuentes órdenes para que no se interrumpan los trabajos. Ambos extremos son por demasía desastrosos. Lo es el primero, porque no hay un solo amo, ignorante de su profesión ó poco atento á sus intereses, que pueda confiar en la buena voluntad y en el acertado criterio de quien lo representa. Por buenos que sean los administradores, es imposible que vayan más allá que los dueños en la defensa de sus intereses, sobre todo careciendo de libertad de

acción en los asuntos arduos ó dudosos, por miedo á la responsabilidad, por justo temor de equivocarse.

»Desastroso es también el segundo extremo, porque, hablando en absoluto, no cabe oportunidad en la dirección del amo estando ausente del teatro de las operaciones. Las medidas que tome han de ser, necesariamente, tardías, y las órdenes que dé, aun suponiéndolas convenientes, ó serán mal comprendidas ó no serán fielmente ejecutadas.

»No es ménos necesaria la residencia del agricultor en su fundo para establecer una buena contabilidad y un acertado orden económico. Renunciamos, por excusado, á probar este aserto, que es tan evidente, que el sentido común lo expresa en refranes tan expresivos como éstos: «El ojo del amo engorda al caballo» y «Quien vive con cuenta vive con renta.»

»Todo el mundo comprende la profunda verdad de esas máximas; sin embargo, ¡cuán pocos en España obran según ellas! Aquí nadie lleva una verdadera contabilidad agrícola; hay quien anota el debe y el haber de los operarios; hay quien lleva razón del cargo y de la data de las cosechas; hay quien hace sumas y restas sobre los gastos y los productos; pero eso no es la contabilidad agrícola. Esta consiste en valorar exactamente todos los factores de la producción, para poder desentrañar dónde está la pérdida en unos casos á fin de poner oportuno remedio, y á qué operación ó cultivo hay que atribuir la mayor utilidad, á fin de poder lograr que llegue al máximo la ganancia.

»Por eso, señores, hay comarcas donde el pequeño propietario, que juzga insoportable la vida de campo, gime agobiado por la miseria, y hay otras donde los apuros del gran propietario están en relación directa con la extensión de su hacienda. Ambos advierten que se arruinan y consideran como una desgracia la profesión agrícola; pero ignoran el medio de mejorar de situación, porque, por falta de contabilidad, les es imposible señalar fijamente la correspondencia económica entre los diversos productos y los varios elementos de cultivo, y porque no pudiendo aprovechar en los pueblos los recursos lucrativos que el campo ofrece, hallan insuficientes para su sostenimiento las que llaman cosechas principales.

»Se discute con frecuencia entre los economistas agrónomos acerca de las ventajas é inconvenientes de la grande y de la pequeña propiedad, lo mismo que sobre las del cultivo extensivo é intensivo. ¡Discusión punto menos que ociosa entre nosotros, bajo el punto de vista práctico, atendiendo á que todos son igualmente ruinosos con el absenteismo del propietario!

»La gran propiedad y el gran cultivo son una verdadera ruina cuando el propietario y hasta el apoderado desdénan inspeccionar las labores. Todos vosotros conocéis alguna gran hacienda, y no sólo la conocéis, sino que veo me escucha algun gran propietario. ¿Qué pasa en ellas? y no me refiero á las excepciones. Ora van las yuntas y los obreros á largas distancias, perdiendo gran número de horas en la ida y en la vuelta, y absorbiendo las utilidades del acarreo de los frutos, ora viven los gañanes en las quinteñas sin dirección, sin vigilancia, abandonados á sus propios instintos. El trabajo es poco y malo, y con esto el suelo se esteriliza. ¡Ay! parece que el cielo, en castigo de tal abandono, condena á la familia del trabajador á vivir cubierta de harapos, y al dueño de tantas tierras á vivir con la escasez, jamás con la ostentación correspondiente á su jerarquía señorial, alguna vez víctima de la usura.

»El mismo resultado da la pequeña propiedad y el pequeño cultivo, sea éste ó no intensivo, cuando el propietario no vive en el campo y juzga indigno de su posición tomar parte en los diversos quehaceres rurales. La ganancia del pequeño propietario estriba principalmente en su idoneidad y en su actividad puestas en ejercicio. La tierra es para él un medio adecuado para que se emplee el trabajo de la familia; pero que por su ausencia no intervengan directamente esas cualidades, y que reemplacen sus propios hijos con dependientes asalariados, y la consecuencia será que la corta utilidad quedará invertida en el personal obrero. Es decir, que el agricultor carecerá del precio del trabajo, puesto que no trabaja; y no teniendo bastante capital territorial para que pague la renta, sus gastos y el trabajo de los jornaleros, satisfechos éstos, que es lo más urgente, nada quedará, ó quedará muy poco, para atender á sus necesidades más urgentes.»

Examinó luego la llamada familia agrícola, esto es, la que vive en el campo, dedicándose á cultivar ó beneficiar las tierras, describiendo el modo de estar constituida esta institución en Suiza y Alemania, en Holanda y en Inglaterra.

Fijándose después en lo que sobre este punto pasa entre nosotros, añadió:

«Aquí el padre ocupa todas las horas del día en los quehaceres del municipio, ó en las intrigas de la villa; los hijos viven en el ocio, que engendra el vicio, descuidando la vigilancia de los dependientes por menosprecio

á su trato; las hijas, cuando más, ajenas por completo á las faenas campestres, buscan distracción en la lectura de los folletines ó en las labores de aguja. No sacan utilidad de la leche porque nadie ve los rebaños, juzgando molesto salir del pueblo al ordeño; les cuesta cara la recolección, porque tal vez no conocen las fincas, y carecen de afición y destreza para la siega, la vendimia y la escarda. El aprovechamiento de los desperdicios de la granja es la medida del adelanto agrícola, y aquí todos los dejan perder, ó por ignorar para qué sirven, ó por pereza de emplearlos. La familia agrícola que generalmente se dedica al cultivo en algunas provincias, pertenece al proletariado, la cual, sin instrucción para mejorar el fundo, sin derecho á que el dueño le compense las mejoras que pueda hacer á fuerza de trabajo corporal, agobiada por el exagerado precio del arrendamiento, apenas saca para sustentarse y vestirse.

»Desconsolador es el cuadro, sobre todo hoy, que por el estado actual de la sociedad, el agricultor debe suplir más que nunca con su trabajo, ora la falta de capital, ora los siniestros causados por el mal tiempo, ora las oscilaciones del precio y de la venta en los mercados. La civilización presente le impone enormes sacrificios á cambio de las ventajas que le proporciona. El Estado le exige muchos y considerables tributos; la moda le obliga á gastos ántes desconocidos, y su propio deseo, excitado por el ejemplo de los demás, le requiere á disfrutar comodidades, y á participar de ciertos encantos de la vida en que no pensaba hace un siglo.

»La satisfacción de todas esas necesidades, más ó ménos imperiosas, exige que no pierda un momento, que utilice todos los valores y que busque recursos nuevos en la transformación de los frutos naturales. Y esto no es posible residiendo el agricultor lejos de su caudal y educando á la familia desviada de las faenas rurales.

»¡Terrible situación es la nuestra con tal desequilibrio, y á tristes reflexiones da lugar la ceguera de los propietarios! Todos queremos participar del bienestar y hasta del lujo de otros países, siendo prueba de ello la enorme suma á que asciende el valor de las mercancías importadas del extranjero, pero no hacemos los esfuerzos indispensables para soportar con desahogo los gastos que esa adquisición nos impone; queremos vivir la vida del siglo XIX y cerramos los oídos á los preceptos de la ciencia y á los consejos de la experiencia, únicos que enseñan el modo de hacer que eso sea posible.

»Reflexionemos ahora sobre la vida del campo en sus relaciones con el sentimiento humano y con las costumbres.

»Señores: No temáis que al discurrir sobre este punto me extravíe por cuestiones inconexas con la Agricultura. Procuraré ceñirme al asunto; pero es tal la excelencia de la vida de campo, que no sólo contribuye al progreso rural, influyendo directamente, y por consiguiente, de un modo aislado, sino también indirectamente, y por consecuencia, produciendo beneficios de otro orden y en distintas esferas. La vida de campo robustece el cuerpo, y ya sabéis que *mens sana in corpore sano*. Inclina al hombre á goces sencillos y le hace estar satisfecho de su propia suerte, lo cual le proporciona el inapreciable bien de la tranquilidad de ánimo, y, por último, vigoriza los caracteres, eleva el alma y moraliza los sentimientos, lo cual contribuye á la mejora de las costumbres.

»Generalmente el hombre que vive por hábito en la ciudad se acostumbra á no contemplar más que las obras humanas. Y sucede que todo lo que examina lo halla efímero y limitado. Por suntuoso que sea el palacio que habite, puede decirse que sus manos tocan al artesano que teche; por bello que sea el producto que admire, puede decirse que desaparecerá al día siguiente. Todo, en resumen, es un poco de polvo, mejor ó peor amasado, que le hace deducir, de conclusion en conclusion, su pequeñez y la muerte.

Las torres que desprecio al aire fueron  
A su gran pesadumbre se rindieron.

»No ocurre lo mismo en el campo. Viviendo en él se espacia la imaginación por el espacio, y cuanto el hombre ve le inspira el sentimiento de la inmensidad, de la duración y del infinito. Aquellas flores que se renuevan perfectamente olorosas y bellas; aquellos cielos, cuyo seno, recorrido por miles de mundos, no pueden medir sus ojos; aquellas armonías indefinidas y vagas que brotan los bosques y penetran en su espíritu arrobándolo en deleitoso delirio, le abstraen de lo perecedero, y le llevan, de grado en grado, como si la creación fuera una escala mística, á la contemplación de lo eterno. Y creed, señores, que nada hay que predisponga tanto á la virtud y á lo heroico como ver las cosas desde tan alto.

»Es de advertir que la naturaleza tiene encantos para todas las inteligencias. Los tiene para el sabio que estudia las leyes de la vegetación para establecer, en bien de sus semejantes, reglas fundamentales de cultivo; los hay para el sencillo pastor que goza del sol poniente cuando se retira con sus ganados al aprisco, haciendo resonar los valles



y los cerros con sus alegres cantinelas; los hay para el propietario reformista al contemplar como obra suya la fertilidad de una vega, antes pantanosa, la animación de una colonia establecida en un bosque, antes desierto.

» Señores: Cuando se siente palpar dentro de nosotros el sentimiento de la naturaleza, cuando el hombre se acostumbra á contemplar los hermosos cuadros de la tierra ó los maravillosos fenómenos del cielo; cuando después de eso puede decir: «Yo soy dueño de algo de esa creación sublime, y puedo disponer de ella aún más allá del sepulcro», no puedo menos de experimentar la emoción producida por el sentimiento de la propia grandeza. La persona no es en tales instantes de arrobo el flaco cuerpo que se palpa, sino que es un ser destinado á la inmortalidad por el Omnipotente; su poder es el de los limitados miembros que se mueven en reducido espacio; la persona es entonces el ser que sujeta las olas rugientes para formar fértiles polders, que guía el rayo fulmineo para que no incendie las cosechas; que encadena y sujeta al huracán furioso para que mueva una noria; que tuerce el curso de los torrentes embravecidos é iguala los cerros y los valles para establecer el riego; que amolda la naturaleza á su voluntad y la pone obediente á su servicio.

» Tales consideraciones ennoblecen y elevan, y de ellas surge el amor á la propiedad de la tierra. ¿Qué vale comparada con ella la propiedad de estos muros, ni menos la de algunas alhajas caprichosas, por elevado que sea su precio? De ese amor nace á su vez el del hogar paterno, débil en los pueblos nómadas y en los habitantes de las ciudades; enérgico en las naciones sólidamente constituidas, y más en los que residen en los campos con morada propia. Los españoles, por desgracia, no damos valor al hogar paterno; así es que con cabal indiferencia dejamos para no volverlo á ver el sitio sagrado en que se nació nuestra cuna; los ingleses, por el contrario, le profesan un cariño inextinguible.

» El inglés recorre los países de Europa, hace viajes á la Zuluslandia y á la India; sus empresas mercantiles le hacen cruzar los mares y le llevan á los lugares más escondidos del globo, y en todas partes siente el deseo de volver al hogar solitario, construido en lugar pintoresco. Y cuando torna á él, feliz en el seno de su familia, une el encanto de los recuerdos del mundo á los atractivos del sitio en que están depositadas las cenizas de sus abuelos, y todo lo embellece con las alegrías experimentadas al ver amparada por su sombra la descendencia, ora bajo el techo apacible construido con sus manos, ora gozando la frescura de los árboles plantados por ellos mismos.

» Ahora bien, señores: es lógico y natural que extendido el espíritu rural en las clases, que distribuido el capital y aplicado el trabajo á embellecer los campos y mejorar los predios; que fijando en ellos la morada, y afianzando á las nuevas generaciones con la educación á los placeres campestres, en todo lo cual consiste la vida de campo, se creen costumbres industriales, base de prosperidad agrícola. Gracias á ellas, los frutos, sufriendo mil transformaciones, adquieren un precio que representa la ganancia de los que los realizan con su trabajo. La agricultura aislada no es más que un rudimento de riqueza, por lo mismo que la mayor parte de los frutos no se pueden consumir por el hombre en su estado primitivo. Al trabajo de la producción debe seguir el trabajo de la elaboración, más delicado y costoso, para que las necesidades queden satisfechas; y cuando el productor renuncia al segundo, sirve de base y fundamento para que otro prospere, surtiéndolo de las materias primeras, y la sujeta á la ley de su voluntad y de su primor, devolviéndole las mismas materias manufacturadas, ó sea en estado de uso y consumo.

» Hé aquí por qué donde la industria está más desarrollada la agricultura está más floreciente; la industria manutenera de Issigny derrama en Calvados 75 millones de francos; sólo un fabricante distribuye en Ferrières por la fabricación de 6 millones de quesos 5 millones de reales. La del almidón de arroz produce en Louvain sobre 20 millones de reales. La extracción del tanino de la corteza de las encinas en diferentes sitios de Bélgica llega á 15 millones de kilogramos, siendo un recurso considerable para los habitantes de los bosques; por último, la fabricación de cerda vegetal para muebles, la de cestas, la de abonos artificiales, la de embutidos, etc., da margen á una circulación de numerario por cientos de millones que se convierte en savia de la agricultura y bienestar de los cultivadores.

» Por faltar en nuestros campos estos elementos de subsistencia, la generación huye de ellos para poblar los ateneos, universidades y oficinas. El hecho es notorio y terribles sus consecuencias para los intereses agrícolas. Y es empeño vano clamar contra la empleomanía, contra la educación literaria y contra la afición á la política, cada día más pronunciada y extendida, en tanto que cause horror la vida de campo.

» Ir á Madrid! ¿Alcanzar un empleo! Este es el bien á que todos aspiran, y ante la ilusión de vivir á costa del

Presupuesto, ó tal vez de hacer algún ruido, al ser arrastrado por la vertiginosa corriente de la política, desaparecen el prestigio de los tranquilos placeres de la familia y los encantos íntimos del provechoso trabajo de la agricultura.

» Pero si muchos creen pertenecer al número de los llamados, son pocos realmente los nombres escritos en la lista de los escogidos. Las dificultades se multiplican; mas ¡ay! la nueva generación no aprende con el triste ejemplo de los que caen llenos de angustia en medio del camino; deslumbrada por el resplandor que irradia la fama de algún ser privilegiado, ó por la aureola que rodea á algún hombre de fortuna, se deja arrastrar por los torbellinos corteses sin consideración al sosiego de su vejez ni á la conveniencia de su familia. ¿Cuántas y cuántas veces en presencia de seres devorados por la amargura hasta el punto de ver como una salvación el suicidio, me ha parecido cada desertor de las faenas rurales un Esaú vendiendo la primogenitura por un miserable puñado de lentejas!

» ¿Habeis leído ó visto representar *El Desengaño en un sueño*, del Sr. Duque de Rivas? La magnífica creación de Lisardo es la expresión típica, bien que fantástica, de los agricultores españoles. Dejan el suelo natal, donde no hallan el bien apetecido, porque no quieren buscarlo, y se lanzan por mil rumbos distintos, como empujados por los vientos más impetuosos. Menos encuentran el bien en las ciudades; sostienen en ellas una lucha desigual con el destino, y sin volver la vista al campanario de la aldea, dan oídos al terrible grito de: «¡Lisardo, en el mundo hay más!» y siguen frenéticos é incorregibles hasta que se estrellan en la roca de la desesperación ó los traga para siempre el abismo del desengaño.

» Y como afluye la población á los grandes centros, en ellos se acumula también el numerario, el cual se emplea en fondos públicos, que extenuan la producción, ó en obras de lujo y ornato que nada importan á la agricultura, si es que no la perjudican. Esto me hace recordar lo que dice un ilustre escritor sobre la edificación en tiempo de los romanos.

» Las nuevas colonias, dice, construían centros de población más ó menos extensos, nunca diseminaban sus viviendas en el campo. Mas allá de los muros de la ciudad se extendía por todas partes el desierto.

» La magnificencia de una población y la edificación de las ciudades no eran, como ahora, indicio de prosperidad, sino que representaban el despojo de otras naciones ó la ruina de las comarcas rurales, pues para la construcción robaban los emperadores á la labranza brazos y carros de transporte. Casa horror lo que cuentan los historiadores sobre la construcción de Nicomedia.

» Mucho de eso pasa entre nosotros, señores. ¿Qué aberración! Los propietarios terratenientes reciben de sus fincas los medios que les dan posición social, comodidades y placeres, y ni por cálculo ni por gratitud les destinan una mínima parte de su renta, que no sería pérdida, sino que antes bien serviría para aumentar sus rendimientos.

» Si en vez de pasar la vida en viajes por Europa, no dié en lugares de crápula y orgía, se resolviesen á visitar alguna vez sus fincas, de seguro sufrirían un cambio radical sus aficiones y costumbres. Irresistiblemente se decidirían, ora á componer el alcor que se desagua ó el molino que se desmorona, ora á levantar el arruinado castillo que representa la gloria de sus progenitores. Obrando así, no se concibe que hubiese en España 20.000.000 de fanegas de terrenos incultos, muchos de ellos improductivos, y que únicamente se regasen 1.600.000 fanegas.

» Y sin embargo, en la aplicación de las clases al cultivo y en el empleo del capital necesario para mejorar el estado productivo de la tierra estriba el progreso agrícola, cuya ley se ha de cumplir necesariamente. En consideración á esa ley jamás debemos desfallecer, por grandes que sean las contrariedades que tengamos, y ha de ser de esperanza mi última frase en este día.

» Si, señores; esa ley puede ser eludida en determinados casos por algún individuo, ó infringida por algunos pueblos ó generaciones en determinadas épocas; pero es tan irrevocable por su naturaleza, tan general por sus efectos y tan visible en la historia, que bien puede juzgarse providencial para los destinos humanos. Lo es: como que se funda, lo mismo en agronomía que en todo, en la perfectibilidad de nuestra especie, y es causa de la mejora de la civilización en la inmensa sucesión de las edades.

» ¿Qué os toca hacer á vosotros, jóvenes estudiosos que pobláis esos bancos, para que se cumpla cuanto ántes esa ley en nuestra querida España? ¿Qué os toca hacer? Sed fervorosos propagandistas.

» Si estáis persuadidos de que son exactas mis humildes observaciones, al salir en lo sucesivo de este santuario de la ciencia agrícola, sed con vuestra predicación contante, para disipar la ignorancia, un rayo difuso de luz que brote de los labios de los dignos oradores que disertan; sed, para sacudir la pereza en la reforma, un instrumento glo-

rioso de los plausibles propósitos del Gobierno. De este modo, al par que el Gobierno y los profesores, alcanzaréis la mayor satisfacción que es dado disfrutar al hombre sobre la tierra; poder decir á las generaciones futuras en presencia de la mejora realizada, del bien producido: «¡Vedla ahí! ¡Esa es mi obra!»

Tal fué la importantísima conferencia pronunciada por el Sr. Lopez Martinez, que diversas veces, en los brillantes períodos que tanto abundan en ella, fué interrumpido con aplausos y muestras de aprobación por la numerosa y escogida concurrencia que asistía á oír su elocuente palabra.

Felicitemos sinceramente al esclarecido orador que celo tan digno de elogio muestra por los intereses de la Agricultura y de la producción española.

## CRÓNICA DE PARÍS.

Esta semana se ha bautizado un hijo de Mr. Lesseps, el célebre perforador de istmos. Los padrinos han sido S. M. la Reina Isabel y el representante del Obispo de Pamplona.

Magníficas cacerías á las puertas de París, y recepciones del Duque de Anmale, el Baron Rothschild y el Baron Hirsch.

Gran animación en el Círculo de los Mirlitones, donde se ensaya una nueva comedia del Marqués de Massa, que ejecutarán dos estrellas de los principales teatros, y los socios del Círculo.

Estas reuniones, que gozan de gran boga, tienen, entre otros objetos, atraer á los círculos á los jóvenes y alegrarles del país peligroso, que se llama, en las últimas cartas geográficas, la *belle-petiterie*.

El éxito de la *Korrigane* ha animado la Ópera, que estaba con una solemnidad un poco triste. No sólo la sala ha sufrido esta variación, sino también el foyer, que hacía tiempo estaba casi desierto. Rosita Mauri ha renovado la tradición, y hoy, diplomáticos, hombres de mundo y artistas se presentan en él para saludarla.

Aquí llaman á nuestra compatriota la Patti del baile, y tienen razón. En las dos divas llaman la atención su gracia infantil y su energía, y las dos son españolas, una nacida en Madrid y otra en Barcelona.

En el teatro del Palais Royal, *Divorçons*, de V. Sardou, ha gustado mucho, manteniendo durante la representación la hilaridad en el público. Las palabras oportunas, las observaciones picantes abundan en esta obra llena de animación.

En Varietés la revista *Rataplan*, de Leterreer y Vanloo, en que Mme. Théo se ha presentado á aquel público, es otro gran éxito.

Miguel Strogoff sigue llenando las arcas del feliz director del Châtelet.

Mucho se han reído en los bulevares de un incidente que ha conmovido á la policía de Mónaco. Se trataba de un complot para hacer saltar la capital. Puede juzgarse de la emoción: se había cogido en las puertas de Niza una enorme cantidad de pólvora, que un extranjero había tratado de entrar declarando que el paquete contenía guisantes. Reconocido el paquete, resultó ser pólvora, que uno de los más conocidos tiradores del Tiro de Pichon de Mónaco, Mr. Cholmondeley-Pennell, quería introducir en el Principado.

Este señor usa una pólvora particular llamada pólvora Schultze, que no hace ruido ni humo, y que le asegura el éxito.

La flotilla de regatas salida de Lisboa para Orán con escala en Gibraltar no ha podido continuar desde Argel por los temporales y averías sufridas, y se ha decidido que las regatas se terminen hoy en Argel, hasta el mes de Abril, que saldrán de este punto á Niza, de Niza á Ajaccio, de Ajaccio á Génova, de Génova á Cannes, de Cannes á San Rafael y de San Rafael á Marsella.

Los habitantes de Orán han hecho una magnífica recepción á los propietarios de los yachts que han tomado parte en las regatas. El «schooner» *Cetonia*, del Conde de Gorford, y la «yole» *Gertrude*, del teniente de la Marina británica, Mr. Heun, llegaron con diez minutos de diferencia, lo que es una maravilla en una regata de 376 kilómetros.

## NOTICIAS GENERALES.

Ajeno á todo carácter político, y consagrado exclusivamente á festejar los progresos obtenidos por la Escuela de Agricultura Nacional, el banquete con que los ingenieros agrónomos obsequiaron á los prohombres políticos y á los publicistas que han prestado su más activa cooperación al fomento de aquel instituto, fué uno de los actos más agradables y cordiales á que hemos asistido desde hace mucho tiempo. Notable progreso marca en las costumbres públicas el deponer por un momento



las diferencias de partido y el apasionamiento de la lucha diaria para impulsar los adelantos favorables á los intereses del país y celebrar instituciones que, cualesquiera que sean las vicisitudes de la vida pública, han adquirido la estabilidad necesaria para el fomento de la principal riqueza de la Nación.

La carrera de ingenieros agrónomos ofrece hoy un gran porvenir: la Escuela abre nuevos horizontes á los agricultores españoles, y no dudamos que cuando se propague y cunda la idea de las ventajas que ofrecen esos estudios, muchos de los ricos hacendados de nuestro país envíen sus hijos á adquirir esos conocimientos verdaderamente reproductivos, en vez de inundar las aulas universitarias de futuros abogados sin pleitos y médicos sin enfermos.

Un día espléndido y un sol hermosísimo favorecieron el banquete anunciado. Hombres notables de diferentes partidos y los representantes de órganos de distintas ideas de la prensa madrileña, ocuparon los puestos prefijados en los grandes salones del palacio de la Moncloa, en compañía de los profesores de la Escuela.

Cuanto se diga de la exquisita galantería y obsequiosa diligencia con que los dignos ingenieros hicieron los honores del banquete sería pálido. El *menú* estuvo servido opíparamente por la casa Lhardy, como ésta sabe hacerlo cuando quiere, y ya se sabe que quiere siempre que no se le discuten sus programas.

Investigando acerca de las causas que pueden influir en la conservación del maíz, se ha descubierto que son varias, cuyo conocimiento es de gran utilidad para la agricultura.

Se ha observado que el maíz no dura cuando se siembra en seco, y es mejor esperar un día lluvioso. Al verificar la cosecha debe dejarse á la mazorca toda su dobladez, y después de solearla en el campo, se conduce á la sombra, dejándola veinticuatro horas para entorpecerla fría. Los trojes se forman á la altura de media vara, estableciendo el suelo sobre tablado, formando un lecho con los tabladores, y encima una capa de arena limpia y fresca que haya pasado un día á la sombra.

Se hace una cerca y se van colocando las mazorcas verticalmente con las puntas para abajo hasta llenar el primer tramo; luego se van ocupando los huecos que resulten con otras mazorcas, que deben introducirse á mazo, de tal manera que el primer tramo quede tan parejo que pueda dormirse en él. Seguidamente se toma la arena preparada y se acaba de empapar el suelo formado por el tronco de las mazorcas, y de esta suerte se van formando tramos iguales hasta rellenar los trojes.

El maíz desgranado puede conservarse poniendo una cantidad de grano y dos de arena fría y limpia.

El método lo consideramos sencillo y fácil, debiendo advertir que así entrojados los granos se ponen á cubierto de los ataques de los ratones y otros animales dañinos.

Los magníficos almacenes del Louvre, de París, regalan á todas las señoras que compren cualquier artículo una hermosa pulsera, reproducción perfecta de alguna obra maestra del arte.

Días pasados llamó la atención de un labrador ver á varias golondrinas que se posaban sobre un árbol, y un gorrion que les distribuía porción de insectos, que iba á coger en los campos cercanos.

Esta maniobra duró diez minutos, y los gritos de las golondrinas y su aleteo demostraban que aceptaban con reconocimiento el regalo que se les hacía. El caso es raro, pues es sabido existe una gran antipatía entre las golondrinas y el gorrion.

Uno de los animales más perjudiciales y que destruyen más caza es el zorro. En algunos países, principalmente en Inglaterra, es un animal sagrado, porque lo cazan á la carrera, y desgraciado del que matare un zorro; esto se mira como un crimen. Pero en los países de bosques no sirve sino para destruir la caza y hacer daño en los corrales; así se le hace una guerra encarnizada. Uno de los mejores medios es la trampa; pero es preciso saber ponerla, pues este astuto personaje no se deja engañar fácilmente. He aquí un medio de los más prácticos. Se escoge un sitio por donde se sepa pasa el animal, y se hace un foso de 25 centímetros cuadrados, que se cubre con hojas secas; después se cortan unos pedazos de pan tostado y engrasados con mantequilla sin sal, que se arrojan dentro del foso y cerca; cuando se nota que el zorro ha venido á desenterrar este cebo precursor, se puede estar seguro vendrá todas las noches, y entonces se coloca allí una buena trampa, en la que se cogerá. Todas las sustancias de olor fuerte lo atraen, como el alcanfor, el anís y el ajo frito.

También se emplea el veneno; pero tiene tales inconvenientes, que es preciso hacerlo con precaución. La estrigina es de un efecto terrible; pero es preciso poner sólo pequeñas cantidades en cada pelotilla, pues de otro modo le provocaría vómitos y echaría el veneno.

El número de los distintos sellos de correos que se usan en el mundo ascienden á 6.000. Entre ellos se hallan las efígies de 5 emperadores, 18 reyes, 4 reinas, un gran duque, 6 príncipes, una princesa, y gran número de presidentes; en algunos de ellos hay escudos de armas, coronas, áncoras, estrellas, gran número de animales; leones, serpientes, caballos y águilas, y también jinetes y coches de caminos de hierro. En la colección hecha por la oficina general de Correos de Berlín hay 4.498 ejemplares de distintos sellos, de los cuales 2.072 son de Europa, 421 de Asia, 251 de África, 1.143 de América y 201 de Australia.

La apertura de la caza en los bosques de Exmour (Inglaterra) se ha inaugurado con un hecho curiosísimo.

Estando persiguiendo el conde de Lomenet á un magnífico ciervo sin poder alcanzarlo, llegaron á orillas del mar, donde era imposible que le siguiesen los jinetes.

El ciervo no dudó ni un instante en arrojarle al agua.

En el acto se buscó una barca dentro de la cual le persiguieron varios de los *huntsmen*, que trataron de cogerle por medio de una cuerda echada en forma de lazo.

Después de varias tentativas, y viendo la imposibilidad de obtener el resultado apetecido, se volvieron los cazadores á la playa, sin que por esto cesase la persecución del pobre animal, pues unos pescadores se lanzaron detrás de él durante una hora, hasta que desapareció.

Cuando todo el mundo creía que el ciervo se había ahogado, se le encontró al día siguiente á un kilómetro de la costa, rendido de fatiga, pero vivo.

Mr. Delore, que cazaba hace días en un campo junto á su casa, acababa de matar un pájaro y lo examinaba, cuando llegó uno de los perros, y cogiendo al ave, se levantó sobre sus patas para presentársela al amo; pero al bajarse, dió con la pata en el gatillo del segundo cañón de la escopeta, que estaba cargado, y recibió el disparo en el pecho el desgraciado Mr. Delore, falleciendo al poco rato.

Fragmento de una carta escrita por un loco, que tiene algunas veces mucho *sprit*.

«Estoy triste é inquieto, como un bacalao que sintiese le brotaban alas.»

¿Qué imagen!

La caza de la nutria está ahora en plena estación en Inglaterra. Hay veinte equipajes para cazarla, y lo verifican dos veces en semana.

Los dos campeones Hanlan y Lageock han concertado un *match*, sobre el Támesis, de 25.000 pesetas, que tendrá lugar el 19 de Enero de 1881.

Mr. Hosson, el célebre jugador de billar americano, ha desafiado al francés Mr. Vignaux para una partida de 4.000 carambolas, y puesta de 5.000 pesetas. Mr. Vignaux ha aceptado, y el torneo tendrá lugar en este mes en el Gran Hotel de París.

Un bromista llama á media noche en la puerta de una farmacia, y le pide... dos perros de pomada de pepino. El farmacéutico le contesta en términos duros: ¿venir á molestarle á tal hora por tan poca cosa!

— ¡Ah! ¿Se incomoda V.? dice el otro como ofendido. Bueno: pues ya no la quiero.... Iré á buscarla á otra botica.

Gran conmoción en el campo de las mundanas. La coraza llamada *Jersey*, que ha hecho tanto ruido en las playas este verano, acaba de hacer su aparición en París, y parece será la gran moda de este invierno. Pero como todas las grandes invenciones, levanta numerosas protestas. Las parisienas están divididas en dos partidos muy hostiles. Unas no quieren oír hablar de esta innovación, por creerla indecente; otras le son muy favorables, porque hace resaltar las formas, y las costureras dan la razón á éstas últimas. Pero esta importación exige otra más íntima: la combinación, que hace de dos prendas interiores una sola, y que es absolutamente necesaria para poder llevar el *Jersey*. Es una revolución en el arte de vestirse, y costureras y modistas están muy afeitadas.

La popularidad de las Carreras en Inglaterra se debe en gran parte al apoyo que siempre han prestado al *turf* los grandes hombres políticos de la Gran Bretaña.

El primer ministro de la reina Ana, lord Godolphin, de gran influencia en el último siglo, fue uno de los fundadores del *sport inglés*: poseía una cuadra importante, y se escapaba á veces de las sesiones de Whitehall para ir á Neumarket á ver correr sus caballos. Lord Bokingham, que fué dos veces primer ministro, se interesaba vivamente por el *turf*, y gastó parte de su fortuna para mantener esta institución. Carlos Fox, el célebre rival de Pitt, no se divertía en ninguna parte como en un hipódromo. El último lord Derby y el famoso lord Palmerston eran turfstas ardientes y se apasionaban por las *classic races* como el primer clubman: estos dos grandes señores no buscaban el *turf* como simple distracción, sino lo sostenían como una institución cuyo valor comprendían. Lord Eglinton ha dicho en uno de sus discursos, que si llegó á ser virey de Irlanda, debía este honor á sus dos caballos, los famosos *Fan-Tromp* y *The Flejins-Dutchman*, más que á su popularidad personal. Sichey Herbert, uno de los hombres políticos ingleses que cuenta con más simpatías, decía que el *turf* es un pequeño mundo que todos debían conocer. Lord Hartington, esta seductora figura aristocrática, liberal y amigo del progreso, querido de todos los partidos, debe mucho de la estima que goza á la frecuente aparición de su casaca amarilla en los hipódromos, y del vestido encarnado que él mismo lleva en las cazas al zorro. Sir Hercules Robinson, gobernador de la Australia, tiene también gran afición al *sport*. A él se debe el honor de haber establecido el culto por el caballo de pura sangre en Australia, tal como existe en Inglaterra.

La plaga de la filoxera preocupa justamente la atención de las personas sensatas, que atribuyen gran importancia á la viticultura española, amagada por tan terrible azote, que amenaza destruir esta gran fuente de riqueza nacional. Por esto creemos de interés reproducir la noticia consignada en algunos periódicos franceses de la observación hecha en viñedos existentes en terrenos arenosos, en los cuales la filoxera no había progresado, y en su consecuencia, abandonado su invasión, emigrando á otros parajes donde el terreno le facilitase mejores condiciones para su desarrollo. La confirmación de este hecho sería de un valor inapreciable, para en su vista dedicar á viñedos muchos terrenos arenosos, disponiéndolos para el cultivo de la vid.

Hay en Filadelfia un ente original que vive de la publicidad.

Se llama Whatley; su casa no le ha costado nada, y está cubierta de anuncios desde el tejado al suelo.

Whatley lleva anuncios pegados á la levita, al chaleco, al pantalón, al cuello de la camisa. Su pañuelo es un mosaico, una cuarta plana de periódico.

El coche y los caballos de Whatley le han sido regalados por un rico dentista. Ya supondrá el lector que el carruaje es un puro anuncio; Whatley se alquila para producir *sensations*.

Hace algunos años se casó en globo, á tres mil pies de altura.

Las primicias de la estación de Niza han llegado á París, bajo la forma de una flor, la mimosa, cuyas hojas y flores recuerdan tanto la Corniche, Mónaco y el Paseo de los Ingleses.

La Comisión de las Haras (Remonta) Francesa ha ofrecido al Sr. Baron de Rothschild 30.000 pesetas por *Com-mandant*; pero este señor no las admite, prefiriendo conservar el caballo, que entrará en su quinto año el 1.º de Enero.

Un telegrama de Berlín, del 22 de Noviembre, anuncia que el Gobierno prusiano va á prohibir las apuestas en las Carreras.

El último día de caza en Fontenay, posesión de la Reina Isabel, en Francia, S. M. ofreció un premio para el tiro de pichon, que lo ganó Mr. Bellecroix. La Marquesa de Altavilla dió otro premio, que ganó D. Angel de la Puente, y el Sr. Goyena el del Príncipe de Borbon, que era una acuarela pintada por S. A.

El tren de S. A. el Conde de Bari caza regularmente en Pau, los lunes, miércoles y viernes, desde el principio de Noviembre, y la *meute* de los *Pau-Fox-Hounds* ha empezado su campaña de invierno los martes, jueves y sábados. Numerosos *sportsmen* siguen asiduamente estas carreras.

El *jockey* Luke, que no puede montar en algún tiempo por haber pegado con el látigo á uno de sus colegas que llegaba á la meta antes que él, pasa este tiempo cazando sobre un gran *hunter*, que podría llevar tres jinetes de su talla.

Las perdices rojas son cada vez más abundantes en Inglaterra. Este año las han encontrado hasta en el Warwickshire, lo que parece probar que estos pájaros dejan las comarcas de la Mancha para invadir todo el país.

Los tricicles están ahora tan en moda como los bicicletas ó velocípedos. Su velocidad es inferior á la del bicle; pero ofrece más facilidad y seguridad, sobre todo para los principiantes.

La caza del *petit-gris*, en las islas Kourandorsky y Tulenv, producirá al Fisco una renta de 70.000 rublos en 1881. Hasta el año 1874 estaba arrendado el derecho de caza del *petit-gris*, y producía 50.000 rublos anualmente. Creyendo esta suma insuficiente, el Gobernador general de la Siberia Oriental envió á las islas á uno de sus empleados, con objeto de que estudiase la cuestión, y nombró una Comisión, que resolvió se elevase el precio del arriendo. Desde entonces la caza del *petit-gris* produce cada vez más.

Se sabe que el *petit-gris*, esta variedad de la ardilla de Europa, se encuentra en gran abundancia en la Siberia, y se le caza con perros de vista muy fina, que los descubren en lo alto de los árboles, á donde se les tira. Cuando quieren cambiar de sitio, se reúnen en banda, y para pasar los lagos y ríos, se dejan llevar sobre troncos de árboles. La piel es mucho más suave y fina que la de la ardilla: así está muy buscada en Laponia y Siberia, donde los pelleteros ingleses y rusos la compran para la confección de abrigos, cuellos, guantes y manguitos.

El *Zeramma*, de Argel, cuenta que una mañana, al pasar un carruaje de alquiler por el camino que conduce á Sora, y al llegar al puente, los viajeros apercibieron una enorme vaca marina, que parecía arrastrarse con trabajo. Vieron los esfuerzos del enorme anfibio, y creyéndole herido, descendieron del coche y corrieron hacia el animal, que huyó al verlos, dejando sobre la arena de la playa una vaca marina recién nacida. Los curiosos la cogieron y la llevaron á Philippeville.

## NOTICIAS DE LA SOCIEDAD.

Terminaba nuestra crónica anterior cuando sonaban en el teatro Español los aplausos en honor de Echegaray.

Todavía no ha desaparecido de la escena el drama trágico *La Muerte en los labios*. Todavía acude el público á presenciar aquellas escenas palpitantes de interés, y nuevos sucesos han venido á excitar la curiosidad, á despertar emociones, á animar la vida de Madrid, que entra de lleno en uno de sus más brillantes períodos.

Antes nos faltaban sucesos; ahora se acumulan, dificultando la ordenación para dar de todos cuenta á nuestros lectores.

Comenzaremos por el más culminante, porque los absorbe á todos, por la reaparición en nuestra escena lírica de Adelina Patti.

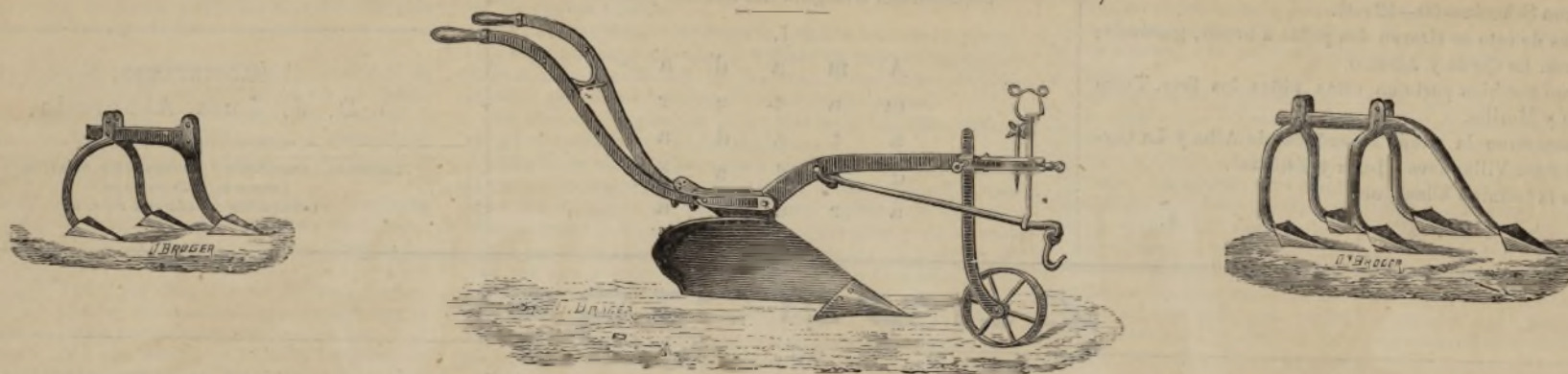
### LA PATTI.—«LA TRAVIATTA.»

Si algún cronista del porvenir quisiera describir el aspecto que ofrecía el teatro Real la noche de la aparición en escena de la *diva*, diría sobre poco más ó menos lo siguiente:



# INSTRUMENTOS ESPECIALES PARA LA LABOR DE LAS VIÑAS, GRAN ECONOMIA.—PERFECCION DEL TRABAJO.

(Véase «El Campo» de 16 de Setiembre último.)



## PRECIOS EN MADRID.

	PESETAS.
Arado con vertedera de acero. . . . .	110
Extirpador que se sustituye á la vertedera. . . . .	55
Scarificador idem. . . . .	65
Rastra extirpadora con dos juegos de dientes. . . . .	110

En la Administracion de EL CAMPO.



### VAPORES-CORREOS

DEL

## MARQUÉS DE CAMPO,

PRIMERA Y ÚNICA LÍNEA REGULAR

DE VAPORES-CORREOS

ENTRE

LIVERPOOL, LA PENÍNSULA Y MANILA,

POR EL

CANAL DE SUEZ.

VIAJES REDONDOS MENSUALES EN DIA FIJO

DESDE EL PUERTO

de Liverpool á los de la Coruña, Vigo, Cádiz, Cartagena,  
Valencia, Barcelona, Port-Said, Suez, Aden, Punta de Gales,  
Singapore y Manila.

EL VAPOR

## LEON XIII.

saldrá del puerto de Barcelona el 1.º del próximo Enero á las cuatro de la tarde, para los de PORT-SAID, SUEZ, ADEN, PUNTA DE GALES, SINGAPORE Y MANILA.

Admite carga y pasajeros para dichos puertos.

Para fletes y demas antecedentes:

EN MADRID: Oficinas del EXCMO. SR. MARQUÉS DE CAMPO, Cid, 7.

EN BARCELONA: SRES. BORRELL Y COMPAÑÍA.

## BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA.

PRESTAMOS AL 6 POR 100 EN METALICO.

El Banco hipotecario de España hace préstamos desde cinco á cincuenta años con primera hipoteca sobre fincas rústicas y urbanas, dando hasta el 50 por 100 de su valor, exceptuando los olivares, viñas y arbolado, sobre los que sólo presta la tercera parte de su valor.

Todos los préstamos cuyas peticiones tengan fecha posterior al 30 de Junio próximo pasado, se realizarán *exclusivamente en metálico*.

El interes de estos préstamos es de 6 por 100 anual.

Los prestatarios habrán de pagar por un préstamo á 50 años:

Por interes anual . . . . .	por 100.
Amortizacion y comision. . . . .	0,93 por 100.

Total de cada anualidad . 6,93 por 100.

Terminadas las cincuenta anualidades ó las que se hayan pactado queda la finca libre para el propietario sin necesidad de ningun gasto ni tener entonces que reembolsar parte alguna del capital.

El interes de estos préstamos, cualquiera que sea el plazo á que se hagan, es siempre de 6 por 100.

La cantidad destinada á amortizacion varía segun la duracion del préstamo.

### ADVERTENCIA IMPORTANTE.

El propietario que al pedir el préstamo envíe una relacion clara, aunque sea breve, de sus títulos de propiedad, obtendrá una contestacion inmediata sobre si es posible el préstamo, y tendrá mucho adelantado para que el préstamo se conceda con la mayor celeridad si hay términos hábiles. En la contestacion se le prevendrá lo que ha de hacer para completar su titulacion en caso de que fuere necesario.



### VAPORES-CORREOS

TRASATLÁNTICOS

DE

## A. LOPEZ Y COMPAÑÍA.

NUEVO SERVICIO PARA EL AÑO 1880.

PARA PUERTO-RICO Y HABANA.

Salen de Cádiz los dias 10 y 30 de cada mes, y de Santander y Coruña los dias 20 y 21 respectivamente, admitiendo pasajeros y carga.  
Se expenden tambien billetes directos via Cádiz, para

SANTIAGO DE CUBA, JIBARA Y NUEVITAS,

con trasbordo en Puerto-Rico á otro vapor de la Empresa, ó con trasbordo en la Habana, si se desea.

Rebajas á las familias y en el precio de las literas retenidas por los pasajeros para su mayor comodidad ademas de las que ocupen.

Más informes en Cádiz, A. Lopez y Compañía.—Barcelona, D. Ripoll y Compañía.—Coruña, E. da Guarda.—Valencia, Dart y Compañía.—Málaga, Luis Duarte.—Sevilla, Julian Gomez.—Madrid, Moreno y Caja, Alcalá, 28.